En tiempos de brujas

Sònia S.

Capítulo 1

SINOPSIS EXTENDIDA

Constance Halliwell es la única hija del Pastor de la aldea. Su vida se basa en rezar salmos, trabajar en la granja, cuidar de su madre enferma y ante todo, acompañar a su padre a las ejecuciones públicas. Desde bien pequeña Constance sigue la palabra del Señor transmitida por boca de su religioso padre, quien se encarga de repetirle una y otra vez que es una Pecadora cuando ésta se mete en problemas.

¡Pero Constance no es una chica problemática! Solo es un poco peculiar, pero no destacaría demasiado de no ser por esos estúpidos mellizos que se encargan de gastarle bromas pesadas y meterse con su aspecto físico. Ninguneada por sus padres y detestada por la gente del pueblo, Constance piensa que su vida no puede empeorar, y lo más terrible: cree que se merece ese horrible trato.

Además, el hecho de que unas escalofriantes pesadillas la atormenten todas las noches y una sombría voz le susurre maldades al oído, no ayuda a que pueda integrarse en la aldea. Mucho menos cuando un extraño lobo de inquietantes ojos verdes comienza a acecharla por todas partes con un objetivo: revelarle su verdadera identidad.

Cuando su única amiga, Bella Blackwood, se distancia repentinamente al conocer al Príncipe Enoch, del cual Constance está obsesivamente enamorada, ésta deberá decidir si rendirse ante el destino o guiarse a través de sus instintos y pasar sobre el cadáver de su amiga para conseguir el amor del Príncipe.

Adéntrate en una tierra donde las brujas pactan con el Diablo y utilizan sus poderes para hacer el Mal; donde la religión, el fanatismo y la cacería de brujas están a la orden del día.

Amistad, amor, celos, traición y culpa entrarán en juego en este relato ambientado en una Edad Media en la que el castigo por practicar la brujería se paga con la hoguera.

□□□□□□□□□□□□□□□

~AVISO~

CONTENIDO ADULTO (+18)

PUEDE MOSTRARSE CONTENIDO VIOLENTO Y SEXUAL EXPLÍCITO EN ALGUNOS CAPÍTULOS. ASÍ QUE SÉ RESPONSABLE Y LEE CON PRECAUCIÓN Y DISCRECIÓN.

ESTA OBRA ES UN BORRADOR, PUES NO SE TRATA DE SU VERSIÓN DEFINITIVA. ASÍ PUES, QUEDA SUJETA A CAMBIOS, MODIFICACIONES Y CORRECCIONES.

QUEDA PROHIBIDO EL PLAGIO ASÍ COMO LA ADAPTACIÓN Y LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE ESTE MATERIAL POR CUALQUIER MEDIO. TENGO GUARDADOS CADA UNO DE MIS ESCRITOS, ASÍ QUE POR FAVOR, ABSTENTE DE COPIARME PORQUE ESO ES UN DELITO.

SI DISFRUTAS DE LA LECTURA HAZMELO SABER CON UN COMENTARIO. ACEPTO OPINIONES, SUGERENCIAS, HIPÓTESIS Y CRÍTICAS CONSTRUCTIVAS, SIEMPRE DESDE EL RESPETO Y LA EDUCACIÓN. ESCRIBIR ES UNA GRAN LABOR Y REQUIERE ESFUERZO. NO DUDES EN PUNTUAR Y RECOMENDAR LA OBRA.

GRACIAS

(*) BOOKTRAILER EN YOUTUBE: https://youtu.be/1wj5XnFjvmQ

Capítulo 2

ADVERTENCIA

~¡ATENCIÓN!~

Antes de iniciar la lectura de «En tiempos de brujas», **hay una serie de detalles que me gustaría informar y aclarar** para evitar todo tipo de dudas, malentendidos o comentarios despectivos hacia la novela o los personajes de la misma.

Leer esto no os tomará más de cinco minutos, con lo cual **sería recomendable informaros sobre la obra antes de empezar a leerla**. Más que nada porque luego no quiero quejas ni problemas por el hecho de que desconozcáis que tipo de temáticas se tratan en ella. Y mucho menos quisiera que os sintierais ofendidos o molestos pensando que estoy de acuerdo o que comparto los pensamientos, actitudes o comportamientos de mis personajes. La mayoría de ellos no son referentes a tomar en cuenta, ni modelos a seguir. Muchas veces actuarán en contra de la ética, la moral, y de lo que creemos que es justo y bueno. Así que para evitar todos estos posibles comentarios y parte de vuestras dudas, debéis saber lo siguiente.

En primer lugar, **esta novela está ambientada en la Edad Media**. Eso quiere decir que los personajes, en su inmensa mayoría,van a ser bastante cerrados de mente, tal y como podréis observar nada más leer los primeros capítulos. En aquella época no existían grandes avances científicos y tecnológicos. No los había. Y todo lo que provenía de una explicación «racional» era rechazado al instante porque Dios era el centro de todas las cosas. Así que por el mismo contexto temporal y de lugar en el que se desarrolla, esta novela toca el tema de la religión —cristiana, católica—. No obstante, **no se trata ni muchísimo menos de una novela religiosa**.

Además, **hace tiempo quería escribir una novela sustentada en algún mito o leyenda**, y viendo que la inmensa mayoría de escritores se decanta por escoger los dioses griegos, los romanos, egipcios y nórdicos, **he decidido escribir una historia que tome como punto de referencia al dios cristiano occidental** actual. Le he dado la vuelta a muchas de las cosas que esta religión ha inculcado y enseñado; así que se

podría decir que he cambiado bastante la historia original descrita en la Biblia para que mis personajes puedan participar y darse algo de protagonismo. En el Prólogo tenéis un ejemplo de ello.

Sin embargo y pese a lo dicho, vuelvo a recalcar que **este libro no hace apología a ninguna religión**. Como dije, en un principio solo tomé de ella ciertas referencias para crear a mis excéntricos personajes y desarrollar la trama y el argumento. Cabe señalar que una de las protagonistas principales se cría en un ambiente muy, muy religioso. Y obviamente, eso la influenciará bastante a lo largo de su crecimiento —físico, psicológico y emocional—..., lo curioso será en *cómo* y su evolución a lo largo de los capítulos.

Para desarrollar la compleja trama principal y escribir sobre ciertas cuestiones tan delicadas, **he tenido que consultar libros y páginas de Internet**, básicamente. No obstante, si poseéis información o algún dato curioso que pueda ayudarme a desarrollar mejor la ambientación y el contexto, ¡no dudéis en mostrármelo! Todas las aportaciones son buenas.

Recordad que **todo es fantasía e invención mía**. Además de que **todo lo que escribo es esencial para el sentido y el desarrollo de la historia**. Así que con esto **no pretendo ofender a nadie**, y es tan sencillo como decir *«si no te gusta, no leas»*. Pero **de ningún modo acepto comentarios despectivos acerca de algo que tanto me ha costado diseñar y escribir**, y que además lo hago con toda la ilusión del mundo y el corazón puesto en ello. No voy a entrar en debates morales ni discusiones éticas por los pensamientos o actuaciones de los personajes.

Como mencioné atrás, **el contenido de esta novela puede llegar a ser violento**, llegando a tener escenas bastante desagradables. Recordad que la obra se sitúa en la Edad Media y por lo tanto, la mayoría de los personajes tendrán una actitud, unos pensamientos y un comportamiento típicos de la época. Si nos referimos a castigos y ejecuciones, pues obviamente serán realizados al modo de esa etapa histórica. Por otro lado, puede llegar a haber en alguna ocasión **contenido sexual** más o menos explícito, y no siempre agradable. También habrá **relaciones tóxicas y abusivas**. Hay demasiados personajes odiosos, enfermizos, insanos y aborrecibles a lo largo de estos capítulos, pero recordad que todo tiene siempre un por qué, cada uno se comporta así por algún motivo. Solo es cuestión de tiempo que evolucionen y mejoren, o por el contrario, que cada vez vayan a peor...

Es por ello por lo que la obra está descrita como **«contenido adulto»**

(+18), y dependiendo de vuestra edad, grado de madurez o la capacidad que tengáis para afrontar cierto tipo de escenas, **os recomendaría leer con la debida precaución**. Ante todo, **no quiero herir sensibilidades ni traumatizar a nadie**.

También me gustaría matizar algo que no considero realmente importante, pero esta plataformaes un mundo enorme —más bien un Universo—, en el cual todos tenemos acceso independientemente de nuestra nacionalidad. Pues bien, **soy española y como tal, todas mis historias están escritas utilizando el español propio de mi país**. Intento escribir «claro y neutral» para que todos puedan entenderme bien —porque además soy consciente de queparte de la comunidad es latinoamericana—, pero ya sabéis que la neutralidad en el lenguaje no existe, así que puede que de vez en cuando os encontréis con palabras o expresiones que, si sois de la otra punta del charco puede que desconozcáis, no entendáis o directamente os suenen a chino. En ese caso *don't worry, be happy*: siempre podéis recurrir a «San Google» para que os resuelva la duda, o mejor aún, a la propia escritora. Que para algo estoy.

Y ya que estamos en el tema del lenguaje, quisiera remarcar que **trataré de ceñirme también al vocabulario y las expresiones propias de la época**.

Respecto a **los capítulos, en su total mayoría serán «largos»**. Eso no quiere decir que algún capítulo sea más corto o muestre menos contenido; eso ya depende de cómo vaya avanzando la trama. **Las actualizaciones serán lentas**, aunque creo que para quien me haya leído anteriormente o me conozca por otras novelas, sabrá que siempre soy lenta publicando. Pero qué voy a hacer, ¡lo bueno siempre se hace de esperar! Además **tengo obligaciones reales y una vida más fuera de la plataforma**, así que no me puedo pasar los días escribiendo continuamente, y para que un capítulo quede largo y medianamente decente, tengo que emplear un buen tiempo escribiéndolo, rectificándolo y editándolo antes de subirlo a la web. Y no siempre tengo ganas, tiempo o inspiración para escribir... Por lo que **no me enviéis comentarios atosigadores**, porque directamente los ignoro, ya que no me están haciendo ningún favor sino que lejos de animarme, me presionan y me agobian. Y **escribir siempre debe ser un placer y algo que hago por gusto, no por obligación**. ¡No soy escritora profesional!

Por último, pero no menos importante: **esta obra es de total creación mía y se divide en tres partes dentro de la misma**. De hecho, la historia está planeada para ser una **trilogía** —que espero poder

desarrollar—, y **este es el LIBRO I**. Y ahora, sin hacer *spoiler* sí que puedo decir que esta es una historia de brujas, tal cual me las imaginaría. No es fantasía ya que no profundiza en esos temas de príncipes y princesas encantadas, caballeros de armadura reluciente, castillos, dragones, pociones y varitas mágicas. Creo que por el estilo, lo que más concuerda con **el género es «paranormal»**, dentro de la obvia ficción histórica. Tampoco me voy a basar al cien por cien en datos históricos verdaderos. Muchos de los detalles serán de mi propia cosecha o invención.

Creo que sobra decir que **no intentéis copiarme, plagiarme o reproducir este material por otros medios o guardar copias del mismo porque eso es un grave delito que además puede ser sancionado**. Si queréis escribir una historia, sed creativos y trabajad con constancia y esfuerzo, pero no arruinéis el trabajo que a otros tanto les ha costado desarrollar.

No me queda mucho más por añadir. Sabéis que **no gano absolutamente nada por escribir esto; que siempre escribo mis relatos porque quiero, porque me gusta escribir y porque necesito dar a conocer las locas ideas que se me ocurren**. No obstante, es un gran trabajo desarrollar toda esta trama, así que recordad que **me estáis leyendo gratuitamente y qué menos que dejar un voto y un comentario extendido y constructivo comentándome vuestras impresiones, opiniones e ideas**. Para un escritor es súper importante, casi esencial, saber qué piensan sus lectores sobre sus novelas para saber si van gustando, qué puntos fuertes tiene y qué va flojeando. También acepto críticas constructivas que me permitan mejorar. ¡De todo se aprende, y por eso siempre tengo vuestras opiniones muy en cuenta! De hecho, que no os dé apuro o vergüenza comentarme, pues suelo ser simpática y responder a todos los comentarios. Cualquier forma de hacerme saber que estáis ahí, si no, me sentiré ignorada. Ante todo, **no seas un lector fantasma**.

En fin, gracias por tomar vuestro tiempo en leer este aviso. Como veis, era muy importante para seguir leyendo. Y ahora sí...

¡Gracias por acompañarme en esta nueva aventura, y espero que os guste tanto leerlo como a mí escribirlo!

La autora.

(*) BOOKTRAILER EN YOUTUBE: https://youtu.be/1wj5XnFjvmQ

Capítulo 3

EPÍGRAFE

«Cada hombre sobre la faz de la tierra tiene un tesoro que lo está esperando. Nosotros, los corazones, acostumbramos a hablar poco de esos tesoros, porque los hombres ya no tienen interés en encontrarlos. Sólo hablamos de ellos a los niños. Después, dejamos que la vida encamine a cada uno hacia su destino. Pero, desgraciadamente, pocos siguen el camino que les ha sido trazado, y que es el camino de la Leyenda Personal y de la felicidad. Consideran el mundo como algo amenazador y, justamente por eso, el mundo se convierte en algo amenazador. Entonces, nosotros, los corazones, vamos hablando cada vez más bajo, pero no nos callamos nunca. Y deseamos que nuestras palabras no sean oídas, pues no queremos que los hombres sufran porque no siguieron a sus corazones».

—«El Alquimista», de Paulo Coelho

Capítulo 4

PARTE I | DIES IRAE

Dies iræ, dies illa,

solvet sæclum in favilla,

teste David cum Sibylla!

Quantus tremor est futurus,

quando iudex est venturus,

cuncta stricte discussurus!

Mors stupebit et Natura,

cum resurget creatura,

iudicanti responsura.

Liber scriptus proferetur,

in quo totum continetur,

unde Mundus iudicetur.

Lacrimosa dies illa,

qua resurget ex favilla

iudicandus homo reus.

(*) Día de la ira, aquel día

en que los siglos se reduzcan a cenizas;

como testigos el rey David y la Sibila.

¡Cuánto terror habrá en el futuro

cuando el juez haya de venir

a juzgar todo estrictamente!

La muerte y la Naturaleza se asombrarán,

cuando resucite la criatura

para que responda ante su juez.

Aparecerá el libro escrito

en que se contiene todo

y con el que se juzgará al mundo.

Día de lágrimas será aquel renombrado día

en que resucitará, del polvo

para el juicio, el hombre culpable.

—Adaptación de *«Dies Irae»*, himno latino.

Siglo XIII d.C.

Capítulo 5

PRÓLOGO | ORIGO

□□□

embargo, sin la Oscuridad no podríamos contemplar embelesados la belleza de la noche, los maravillosos astros celestiales que iluminan el firmamento con esos pequeños puntitos de luz dorada semejantes a las luciérnagas en verano; o admirar a la hermosa Luna. No podríamos soñar. Por otra parte, sin Muerte no habría Vida. Es necesario que alguien se vaya para que otro semejante pueda venir y ocupar su lugar en el mundo, crecer en todos los aspectos y completar el ciclo.

Al final resulta que todo es como una cadena, un ciclo sin fin.

¿Qué hay más allá de la Vida? ¿Más allá de la Luz? ¿Más allá del Bien? No lo sé. Pero entre las criaturas que son como yo, se cuentan historias. Siempre, siempre se cuentan historias que obviamente, no están hechas para ser escuchadas por los oídos humanos. Porque si eres humano podrías sorprenderte y hacerte preguntas, poner interrogantes y replantearte la historia del mundo. E incluso revelarte. Y sabemos que para los tiempos que corren eso no es nada recomendable, ¿cierto? Así que lo mejor que puedes hacer es bajar la cabeza y prometer con una mano en el corazón que nunca, bajo ninguna circunstancia, vas a desvelar este gran secreto que te voy a contar.

Se trata de una larga historia que comenzó hace miles y miles de años y para la cual a día de hoy, no tiene un desenlace: es la historia del Origen, el verdadero Origen. La historia real de este mundo, la del nacimiento de los Caelesti** y los Malkavian***.

Antes de Eva, Adán tuvo una esposa. Se llamaba Lilith y fue creada por un método prácticamente similar al de Adán: ambos vinieron del polvo. Sin embargo, eso parecía ser lo único que les unía, pues su relación no marchaba bien.

Lilith era un alma libre con mente propia y espíritu indomable. Por el contrario, Adán se creía un ser superior tan solo por el hecho de haber sido creado en primer lugar y por ello siempre trataba de dominar a su compañera y demostrar su superioridad. El Edén se convirtió en un campo de batalla para las creaciones más preciadas de Dios, y finalmente, la fémina no pudo soportar más la presión a la que su compañero la tenía sometida y tuvo que recurrir a Dios. Lo buscó por todas partes, imploró su ayuda, suplicó una respuesta o un poco de atención. ¡Pero el mismísimo Creador la había abandonado a su suerte; la estaba ignorando deliberadamente!

Angustiada y dolida, Lilith hizo algo que nunca tuvo que haber hecho: gritó el verdadero nombre de Dios. Llamó al Creador por todos y cada uno

de los nombres conocidos por los mortales, y también por aquellos oscuros nombres que los terrestres a día de hoy todavía no conocen porque se les ha negado la posibilidad de saberlos. Cuando Dios escuchó su nombre gritado en diferentes lenguas, volvió su omnipotente vista hacia el Edén y se encaró con la mujer. Se negó a escuchar sus problemas con Adán porque éste era considerado una creación perfecta, algo que a simple vista de Dios, Lilith no era. Y como ella no se le acercaba en nada a ser una criatura dócil y sumisa, no tenía cabida en el Edén ni en el Reino de Dios, pues solo aquellos seres perfectos y obedientes a la Palabra pueden entrar y permanecer en su Reino Celestial.

Acusada por ser desleal a Adán, traicionar a Dios y haber utilizado su nombre, el Ser Divino castigó a Lilith expulsándola del Edén y condenándola a vagar eternamente en las sombrías tierras gobernadas por los Caídos. La joven mujer estalló furiosa al conocer tal sentencia y amenazó con que algún día se vengaría de Adán y del propio Dios; juró que se encargaría de destruir el Edén y elevar las llamas del Infierno hasta que alcanzaran el Cielo. De alguna manera, ella se encargaría de destruir la preciada Creación de Dios y de condenar a una miserable existencia a todos los futuros descendientes de Adán. De pronto, un par de enormes alas oscuras surgió de la espalda de Lilith, y ésta alzó el vuelo, alejándose del Edén.

Los siguientes días al destierro de su otrora amante, Adán los pasó en plena soledad. Se le veía cabizbajo y alicaído; y Dios, preocupado de que su más perfecta e inmaculada creación sufriera, le ayudó a liberarse de aquella malsana soledad a la que Lilith le había condenado con su marcha.

Es por ello que Dios creó a la segunda esposa de Adán; la segunda mujer en habitar el Edén: Eva. Sin embargo, para que no estuvieran en igualdad de condiciones y no surgieran problemas como los acontecidos con Lilith, el Creador decidió que Eva no surgiría también del polvo, sino de una costilla del primer varón para que quedara totalmente ligada a él y le debiera obediencia y sumisión.

El tiempo pasó y la convivencia entre Adán y Eva era cada vez más fluida. Eva no se hacía preguntas, no tenía interrogantes y obedecía a Adán en todo, sin cuestionarlo nunca en nada. Por otro lado, el hombre estaba feliz con su nueva compañera de vida en el Paraíso, y en un grado de exaltación extrema, entrelazaron sus cuerpos quedando así totalmente unidos por vez primera. Sin embargo, Adán se olvidó de la amenaza de Lilith. Y ese fue su mayor error.

El tiempo también pasó en las áridas tierras del Reino de los Caídos, donde sobrevivir cada día era más difícil. La Oscuridad dominaba ese tétrico lugar envuelto de tierras yermas y arenosas. Pero todos estos problemas no le impidieron a Lilith gobernar, y mucho menos seducir a

una gran horda de demonios y otras criaturas infernales gracias a sus notables encantos femeninos. La primera mujer en pisar el Edén tuvo una gran descendencia con estos demonios, trayendo así al mundo a todo tipo de seres maquiavélicos, deformes, espectrales, nocturnos y sedientos de sangre. La Reina de los Caídos relató a sus hijos cientos de veces cómo Dios la expulsó del Paraíso; cómo Adán la manejaba, la ninguneaba, la ultrajaba y la utilizaba en su conveniencia cuando le venía en gana. Alimentó el oscuro corazón de esas criaturas con odio, ira, rabia y rencor, hasta que sus hijos rebosaron veneno por todos los poros de sus cuerpos. Y finalmente les habló de la venganza, la dulce venganza dirigida a Dios y Adán por todos sus desprecios.

Lilith nunca dejó de tener contacto con las serpientes. En el Edén las serpientes eran sus mejores amigas, pues le contaban secretos del mundo; secretos ancestrales tan antiguos como el Universo, tan sorprendentes como la propia Creación. Solo había que pararse y escucharlas con atención. La astuta fémina conversaba con las serpientes y aprendía. Los bífidos reptiles le susurraban historias, misterios que Dios les había ocultado deliberadamente a Adán y a ella. ¿Cómo saber que el Creador odiaba a las serpientes? ¿Cómo saber que las serpientes querían romper la paz del Edén?

Y aún así, una vez que fue desterrada del mismísimo Paraíso, Lilith nunca dejó de tener contacto con ellas. Las serpientes podían reptar y escabullirse sigilosamente del Edén, burlar la poderosa vista de Dios e infiltrarse en las sombrías tierras del Averno. Y una vez que se reunían con la antigua compañera de Adán, confabulaban.

Fue así cómo Lilith se enteró de la llegada de Eva y la futura progenie de Adán que su segunda esposa guardaba en su vientre sin ser todavía consciente. ¡Adán, ese miserable que se creía superior, que se negaba a aceptar la igualdad; iba a tener descendencia con una mujer hecha a su gusto y medida!

La Reina de los Monstruos estalló en estridentes carcajadas, pues su venganza ya estaba planeada y se aproximaba. Lo bueno de haber estado tanto tiempo en el Edén y haber hablado con las serpientes era conocer cada uno de los misterios que el Paraíso poseía. O en otras palabras: era conocer el punto débil de Dios.

Fue así cómo Lilith ordenó a las serpientes que sedujeran y embelesaran a Eva, que le hicieran cuestionarse su premeditado romance con Adán e incluso la Palabra Divina de Dios.

Comprendiendo que el Creador les había ocultado muchos secretos y que lo único que la unía a Adán era una relación de amor tóxica y abusiva, Eva se encaminó hacia el Árbol del Conocimiento y probó la manzana roja, el Fruto Prohibido. Tras su ingesta, la joven fémina comprendió muchas

cosas del mundo, cosas que estaban por encima del Bien y del Mal. Cosas que estaban por encima de Todo. Incluso por encima del Creador.

Y fue en ese momento cuando lo vio. Lo vio todo.

Las imágenes se sucedieron muy rápidas ante sus ojos, eran un remolino borroso que pasaba velozmente ante su vista humana. Sin embargo, lo percibió perfectamente: el futuro se mostraba ante ella tan claro como una cristalina gota de lluvia. Y en él, todos estaban condenados.

Fue de esta manera cómo la segunda mujer en pisar el Edén se enteró de que dos niños idénticos crecían en su interior, y cómo su hijo mayor Caín iba a traicionar a su hermano menor Abel. También pudo ver cómo el Creador la expulsaba junto con el propio Adán del Paraíso por haber desobedecido sus Leyes Divinas y cómo empezaban una nueva vida en la Tierra. Eva vio cómo el mundo entero se poblaba de gente; muchas personas con características físicas diferentes rondaban por él.

También se alarmó cuando vio cómo una gran catástrofe creada por el propio Dios casi destruía su preciada Creación: un diluvio colosal azotó tan fuertemente el planeta que el mundo entero quedó prácticamente destruido y todos los humanos perecieron bajo las profundas aguas de la lluvia torrencial que perduró por días. Todos excepto Noé y su familia, que construyeron un Arca y en ella introdujeron a todas las especies animales habitables de la Creación, y así lograron sobrevivir a la barbarie.

Eva también sintió compasión por un hombre que trató de hacer el bien y ayudar al prójimo, un ser valiente que intentó difundir la Palabra de Dios entre otros pobres mortales demasiado egoístas incluso para comprender el significado del amor más absoluto. Alguien tan bondadoso que terminó siendo traicionado por uno de sus compañeros, y cruelmente crucificado.

No obstante, todos estaban condenados desde el principio, desde ese mismo momento en que Eva probó el Fruto Prohibido e incitó a Adán a que también lo hiciera. Desde el mismo momento en que pusieron los pies en la Tierra, el Creador les quitó la inmortalidad que les había concedido en el Edén y les otorgó una vida mortal y perecedera, equivalente a un suspiro de Dios. A parte de muerte, también les proporcionó hambre, sed y enfermedad. La condena se expandiría por los siglos de los siglos a todas las futuras generaciones descendientes de Adán y Eva.

La visión de la segunda mujer se cumplió: todas las cosas sucedieron tal y como su mente se las había mostrado. Y aunque ya estaba viviendo en el mundo terrenal, Eva nunca dejó de tener visiones.

En ellas podía ver a miles, millones de personas que poblaban el planeta. Personas que obedecían a Dios y regían sus vidas a través de sus Leyes Divinas, pero también vio a otras que negaban su existencia e incluso

había sociedades humanas que rendían culto a una pluralidad de dioses, y a cada uno de ellos se le otorgaba un don, un poder único. Eva observó a personas que vivían en otras tierras situadas más allá del océano, donde nadie se atrevía a llegar por creer que el mar limitaba con el fin del mundo y que terribles monstruos se ocultaban bajo sus saladas aguas.

La mujer se maravilló con el progreso, la ciencia y la técnica: de pronto observó grandes aparatos que surcaban los cielos y los mares trasportando gente en su interior. Vio conjuntos de edificios que se alzaban hacia el cielo, masas de suelo plano y gris que habían terminado con los pastos verdes, densas nubes de humo que se elevaban hacia el firmamento y que surgían de las casas y de los aparatos transportadores de metal. Escuchó el ruido de las saturadas poblaciones y sintió el estrés de una gran sociedad individualista, una sociedad esclava del dinero y de los placeres, una sociedad seguidora de masas donde unos pocos dictaban qué cosas se debían hacer, decir, sentir y pensar, y el resto tenían que cumplirlo si no querían verse excluidos del grupo.

Eva también vio la destrucción. Contempló aterrorizada armas y otros instrumentos de tortura que serían el centro de sus pesadillas durante los próximos años. Vio como las armas simples evolucionaban a otras más complejas, y cuán más complejas, más letales y mortíferas eran.

En definitiva, la humanidad se aniquilaría. Y al final no sería Dios quien la extinguiría, sino los propios humanos. Ellos mismos destruirían la Creación.

Eva no podía permitir que esto pasara. Había visto gente malvada en sus visiones; personas crueles que disfrutaban manipulando, extorsionando, asesinando y dañando física o psicológicamente a otras. Pero también vio el amor, la bondad y la compasión en multitud de personas que habían dado sus vidas por otras, que habían luchado por el mundo, por la evolución del mismo y de aquellos que lo habitaban. Personas que confiaban en la humanidad. Así que Eva también creería en ellos; sus descendientes. Dios les había hecho saber Pecadores, pero Eva le demostraría que podían aprender de sus errores.

Y es por eso que transmitió sus memorias, y con ellas sus visiones de generación en generación. Sus hijos, los hijos de sus hijos, y los hijos de los hijos de sus hijos heredaron su gran legado y por lo tanto fueron conscientes de los secretos del mundo.

Así pues, los Hijos de Adán gobernaron el mundo, y los más bondadosos heredaron el Poder de Eva, un Don que a lo largo de los años había ido evolucionando. Aquellos Elegidos de la progenie de Eva poseían una visión del mundo más amplia que cualquier otro mortal podía tener: ellos podían ser capaces de cuidar y entender la Naturaleza mejor que nadie, podían escuchar y comprender el idioma de los animales, saber la utilidad de

cada planta y florecilla por pequeña que fuera, poner nombre a las enfermedades y ser capaces de curarlas, incluso ver y oír cosas que otros no podían. Todos sus instintos estaban más desarrollados que los de la gente común.

Lilith se enteró de ello. Dios les había otorgado a ella y a sus descendientes una vida eterna en completa soledad, deambulando sin rumbo por las noches, ocultos de los ojos humanos por un manto de oscuridad. Los humanos los odiaban y les temían. A veces, los mortales conseguían atrapar a un Ser de las Tinieblas y entonces lo torturaban y lo asesinaban. Averiguaron que el fuego podía poner fin a sus eternas vidas, y así fue como muchos seres demoniacos acabaron convertidos en polvo y cenizas.

La Reina del Infierno estaba furiosa. La expulsión del Paraíso y la mortalidad no le parecieron suficiente castigo para los descendientes de Adán. ¡Sus hijos habían conseguido comprender y dominar el mundo a su antojo! ¡Y todo por culpa de Eva, que había desvelado poderosos secretos ocultos que nunca tuvo que haber expuesto! Y mientras que la progenie de las creaciones favoritas de Dios se beneficiaba de los placeres del mundo, sus hijos se pudrían en las olvidadas tierras infernales, condenados a una vida eterna de soledad y miseria... ¡Perseguidos, torturados y asesinados por aquellos que decían estar en posesión del Bien y de la Palabra Divina!

Por todo ello, Lilith juró vengarse de nuevo. La bella mujer de apariencia demoniaca hizo su magia oscura y logró alterar las horrorosas apariencias de sus descendientes, proporcionándoles rostros y cuerpos humanos. Después, los envió al mundo terrenal, donde se mezclaron con el resto de mortales pasando completamente desapercibidos. Estos seres malditos pronto lograron interferir en las vidas de los hombres provocándoles grandes desgracias, asesinando a sus hijos, secuestrando a sus esposas, trayendo grandes plagas y fuertes temporales que terminaban con la cosecha y el ganado... Y al convivir con los humanos y ser físicamente semejantes a ellos, se aseguraron de que podían obrar maldades sin ser perseguidos, torturados o asesinados.

Sin embargo, el Mal atrae al Bien. Los descendientes de Eva pronto se percataron de la presencia de otros seres que utilizaban sus dones para realizar actos perversos, y decidieron hablar con ellos para proponerles una tregua. Los descendientes de Lilith no solo no aceptaron su propuesta, sino que además se burlaron de ellos por estar al servicio de aquellos ingratos que no habían nacido con el Poder, aquellos hipócritas que gobernaban el mundo, que detestaban y negaban la Magia Ancestral. Los demonios con rostros humanos criticaron a aquellos que cuidaban de la Creación porque se negaban a sí mismos, negaban sus poderes, su mismísima existencia y sus orígenes con tal de sobrevivir un día más en la

Tierra, con tal de no ser acusados de Brujería.

Los Hijos de Lilith habían crecido con odio y rencor en sus corazones, pero su madre nunca les hizo olvidar quiénes eran y porqué luchaban. Porqué estaban en contra de los mortales, porqué esa plaga llamada Humanidad debía ser extinguida, porqué debían destruir la Obra Maestra de Dios.

Y fue así cómo surgieron los Caelesti, los descendientes de Eva herederos del Poder y sus memorias; y los Malkavian, la progenie de Lilith dispuesta a llevar a los humanos hacia su perdición.

Esa batalla entre Hijos de Eva e Hijos de Lilith, entre Caelesti y Malkavian, ha perdurado desde entonces. Los Caelesti tratamos de hacer un lugar mejor de este mundo, tratamos de expandir el conocimiento de la Madre. Sin embargo, los Malkavian difunden odio y terror en los corazones de los hombres, utilizan rostros humanos para ocultarse de ellos y siembran duda e incertidumbre en sus mentes, llegando a alterar su razón. Es por eso que muchos Caelesti son acusados de brujería y de pactar con el Diablo, de ir en contra de las Leyes Divinas de Dios. Confunden nuestra sabiduría con rebelión, nuestra genuina ayuda con intenciones de dañar. Y es por ello que somos condenados a la hoguera.

Ayer, durante una ejecución, vi a una mujer de piel blanca como el mármol. Su mirada se tornó fluorescente y de repente me clavó sus inquisidores ojos esmeraldas, dos fosforitos semejantes a dos charcos de veneno. Una sonrisa burlona curvó sus rojos labios. Entonces supe que mi sentencia de muerte había sido dictada.

Es noche cerrada. No hay luna ni estrellas que decoren el oscuro firmamento. Sin embargo, eso no impide a los pueblerinos de esta pequeña aldea avanzar por el angosto sendero del bosque en dirección a mi cabaña, sosteniendo en alto enormes antorchas cuyo fuego refulge en la negrura del abismo. Me despido con pesar de mi precioso bebé, mi querida Amabella; una criatura tan hermosa que parece un ángel, y se la entrego a mi vieja madre, a quien le doy un gran abrazo y un beso de despedida. Después, ambas desaparecen por la trampilla del sótano. Tomo la mano de Evan, mi dulce y valiente esposo, que ha decidido permanecer a mi lado, acompañarme en los últimos momentos de nuestras vidas. Él es consciente de que también va a morir, y a pesar de que traté de convencerle de que huyera, Evan estará a mi lado, siendo fiel y leal a mí... incluso más allá de este plano existencial.

Pronto sabré qué hay más allá del Bien, más allá de la Luz y más allá de la Vida. Lástima que cuando por fin la verdad me sea revelada, ya no podré

regresar y contárosla. Solo espero que mi linda niña pueda escapar y sobrevivir lejos de este lugar, que crezca y viva feliz.

Y que nunca se encuentre con una bruja de fosforescentes ojos verdes.

□□□□□□□□□□□□□□□□

(*) Origo: significa «Origen» en latín

(**) Caelesti: significa «Celestial» en latín

(***) Malkavian: son las criaturas del Caos, los Vástagos del Mal

Capítulo 6

CAPÍTULO I | SUPPLICIUM

SIGLO XIV d.C.

MALMESBURY, INGLATERRA

Constance Halliwell tenía tan solo seis años cuando su padre la llevó a presenciar su primera ejecución. Cuando su progenitor se puso la capa negra sobre los hombros, tomó el Libro Sagrado en una mano y agarró a la pequeña Constance de la otra; su madre trató débilmente de hacerlo entrar en razón, convencerlo de que su hija todavía era demasiado pequeña para ver algo tan desagradable. Pero el hombre la mandó a callar con un brusco gesto de la mano, como si así las palabras de su enferma esposa pudieran disiparse en el aire.

—Si Constance va a heredar el título de Pastor del pueblo cuando yo fallezca, será mejor que se vaya haciendo a la idea cuanto antes de lo que supone el trabajo de un buen Mensajero de Dios —había dicho el patriarca mientras agitaba el grueso Libro, haciendo así énfasis en sus palabras. Apretó la mano de su hija hasta que ésta soltó un gemido de dolor, y antes de cerrar la puerta frente al pálido rostro de su esposa, añadió—: Nunca es demasiado pronto para presenciar el Castigo Divino de aquellos que desobedecen la Palabra de Dios.

Constance casi fue arrastrada por su furibundo padre a través de las estrechas callejuelas de Malmesbury. Mientras que se dirigían hacia la plaza del pueblo, su padre no hacía más que renegar y farfullar cosas ininteligibles. La pequeña no le dio importancia a ese comportamiento, pues su padre siempre murmuraba cosas cuando estaba molesto. Y una de las principales cosas que le molestaban era ella misma, su hija. ¡Si tan solo no hubiera nacido!

Sin embargo, Constance estaba allí: demasiado viva y demasiado real.

Su nacimiento le había traído problemas a sus padres, especialmente a su madre. Su embarazo fue muy complicado y el parto demasiado peligroso, tanto que estuvo a punto de perder la vida. Finalmente, eso no sucedió. No obstante, quedó inconsciente por unos días, y cuando por fin regresó de las tinieblas estaba demasiado débil para moverse, caminar o incluso

hablar. Al principio le costó recordar dónde estaba, incluso que había pasado por un difícil embarazo y había alumbrado prematuramente a un bebé.

Cuando su esposo le enseñó la criatura que había parido, a la pobre fémina casi le dio un ataque al corazón: su bebé era una niña de piel blanca como la nieve y lisa como la porcelana. No se le asemejaba en nada a los otros niños en sus primeros días de vida, con la piel rojiza y arrugada. Además, para haber sido prematura, Constance no era pequeña en absoluto, sino que más bien mostraba el tamaño de un bebé común con varias semanas de vida. Pero lo que más le impactó a la mujer fue la espesa mata de cabello negro como el carbón y el mechón verde como la hierba que decoraban la cabecita de su hija.

—La gente hablará —había dicho fríamente su marido—. Lo mejor será que nos deshagamos de esta *cosa*.

—*¿Cosa?* —repitió la mujer, sorprendida—. Es diferente de los otros bebés, ¡pero es tu hija!

—¿Estás segura de que es mía? —inquirió el hombre, dirigiéndole a su esposa una mirada acusatoria.

—¿Qué estás insinuando? ¡Claro que es tu hija, lo sabes perfectamente! Es nuestro bebé... —se defendió la fémina ante las acusaciones de su hosco marido.

—De igual manera, es muy rara, Muriel. Es blanca como la leche y más grande que un bebé común. ¡Ni siquiera se comporta como uno! No llora, ni berrea. ¡Permanece calmada todo el tiempo! Y mira fijamente todo, como si pudiera comprender lo que la rodea. ¡Me pone nervioso! ¡Por no hablar de su pelo! ¡Acaba de nacer, debería estar calva! Pero tiene una espesa mata de cabello oscuro, como si en vez de tener días tuviera meses. ¿Y qué me dices de ese peculiar mechón verde? Es lo más extraño de todo; parece...

—Por favor, no lo digas, Joseph. No digas que nuestra hija tiene la marca del Diablo —susurró la mujer, alarmada.

—La gente hablará, Muriel —repitió nervioso su esposo—. Cuando crezca y camine por las calles, la señalarán con el dedo. La increparán y le tirarán piedras, ahuyentándola como a una alimaña carroñera. Y lo peor de todo, ¡nos acusarán a nosotros por traer semejante ser al mundo!

El hombre miró fijamente a su esposa, clavándole una mirada desesperada que hizo que ésta se estremeciera.

—Puedo matarla. No hace falta que mires. Es pequeña y boba, no tiene consciencia propia ni sabe lo que ocurre a su alrededor, así que no contaría como asesinato. ¡Ni siquiera está bautizada! Realmente no me mancharía las manos de sangre, no sería Pecado. Lo haré rápido, ella no sufrirá y nadie se enterará. Luego la enterraremos en el jardín y nadie sabrá de su corta existencia por el mundo, Muriel. Cuando diste a luz era noche cerrada y la cabaña se sacudía a causa de una fuerte tempestad que perduró hasta el día siguiente, así que yo solo tuve que encargarme del parto. Nadie se enteró del nacimiento de esta criatura, así que será muy fácil ocultar su existencia. Si algún vecino pregunta, diremos que diste a luz en un parto prematuro y que el bebé nació muerto. Eso no es nada raro, suele suceder. Todos se apenarán por nosotros y podremos seguir felizmente con nuestras vidas.

Su esposa le devolvió la mirada, incrédula.

—Joseph, ¿sabes lo que estás diciendo? ¡No me importa si el resto del mundo la mira mal! ¡Ella también es mi hija, y yo también puedo decidir qué hacer con ella! —La mujer arrebató a la pequeña de las manos de su tosco marido y la acunó suavemente, protegiéndola entre sus cálidos brazos. Luego, con voz firme susurró—: Quiero quedármela.

—¡Definitivamente estás loca, mujer! —la reprendió su esposo—. Esta niña nos traerá desgracias, ¡lo presiento!

—¿Qué desgracias nos podría traer un bebé?

—¡Oh, Muriel! ¡Tu mente tan simple no te deja verlo! Tal vez ahora no, pero este bebé crecerá y cuando eso ocurra será el mayor de nuestros problemas. ¡Mira su pelo! ¡Verde! ¡No es normal, no hay nada de normal en esa cosa! —protestó Joseph, alarmado—. Tú no lo sabes porque estabas inconsciente, pero como te dije antes, cuando nació hubo una fuerte tempestad que casi derriba la casa y los animales se alteraron gravemente en el establo. ¡Aún están ariscos! ¡No me dejan acercarme a ellos ni cuando voy a ponerles de comer!

—¿Y crees que todo eso es por ella?

—Además —añadió el hombre—, necesito un hijo, un varón al que pueda transmitirle la Palabra de Dios. Alguien digno que herede mi puesto cuando fallezca. Y sabemos que esa cosa tan rara no es digna ni siquiera para ser mi hija.

—*Haz que la gente la acepte* —dictaminó Muriel con voz grave, clavando sus ojos claros en los oscuros orbes de su marido. Lo miró muy fijamente, manteniendo un intenso contacto visual. Entonces su mirada chispeó y un fulgor brillante la iluminó—. A ti se te dan bien las palabras, ¿no? La gente te escucha con atención, te obedece siempre. Eres el Pastor del pueblo, el

Elegido de Dios para transmitir su Palabra y pregonar sus Leyes Divinas. Ellos no son más que el rebaño, gente estúpida sin conocimiento ni moral. Si les dices que el cielo es rojo, te creerán sin cuestionarte, aún por muy azul que sea. Si les dices que el Sol es morado, lo repetirán como loros, aunque hasta el día de ayer dijeran que era dorado. Si tú les dices que tu hija tiene un mechón de pelo verde, lo asimilarán. Hazles ver que no tiene nada de extravagante, que es lo más normal del mundo. Hazles entender que es tú única hija, la hija del Pastor del pueblo, la hija de los Halliwell. Una criatura que ha nacido en la casa de un Pastor de Dios, de un Mensajero Celestial, no puede ser mala. Y cómo es tradición, ella heredará tu puesto. Tu hija se convertirá en la próxima Pastora y tomará el poder de la Palabra, aún siendo mujer.

Tras estas palabras, la mujer rompió el contacto visual con su marido y acarició la pálida mejilla de su bebé, ignorando a Joseph y centrando su atención solo en la niñita que sostenía.

—Puedo intentarlo... Lo haré... —murmuró lentamente el varón, con la voz pastosa como si se acabara de despertar de una larga siesta—. Los vecinos me creerán, ¿por qué no deberían hacerlo?

—Eso, *¿por qué?* —sonrió la mujer, curvando sus rojos labios y extendiendo un brazo para atraer a su marido en un tierno abrazo familiar. El primero y el último que se darían.

No obstante, las cosas habían cambiado mucho en esos seis años. En primer lugar, la madre de Constance había enfermado gravemente. Desde su nacimiento, la mujer se había debilitado físicamente de tal forma que no podía mantenerse en pie durante mucho tiempo o salir a caminar más allá de los límites de la granja familiar. Sin embargo, con el paso del tiempo Muriel había empeorado; su estado se agravaba con el pasar de los años de tal manera que ahora solo podía estar completamente de pie durante unos minutos. A medida que pasaban los días se cansaba más y requería más reposo. Toda la vitalidad que anteriormente había tenido, ahora le había sido arrebatada, incluyendo el bonito brillo de sus ojos que cada vez se apagaban más y se tornaban más opacos.

Constance la cuidaba y la mimaba todo lo que podía. Pese a ser una niña, la pequeña había comprendido a edad temprana que su madre no podía cuidarla tan bien como las otras madres cuidaban de sus hijos, y que debía ser ella la que se encargara de las dos. También había entendido que su padre pasaba mucho tiempo fuera de casa pregonando la Palabra; a veces marchaba a pueblos vecinos para expandirla y tardaba días en regresar. Era por ello que debía cuidar de su madre y de ella misma a la vez, mantener la casa y trabajar en la granja. Aunque esto último le resultaba bastante difícil: parecía que los animales la detestaban puesto

que cada vez que se acercaba a alguno, le gruñía y se alejaba de ella.

«Se alejan de mí como todo el mundo» solía pensar Constance, alicaída. En la aldea bien sabían todos que era una chiquilla rara y por ello solían alejarse de ella cuando ésta se acercaba; nadie duraba más de cinco minutos en un lugar donde la niña estuviese. Y obviamente, nadie se atrevía a hablarle directamente, aunque sí que cuchicheaban mucho de ella a sus espaldas. O incluso delante de Constance, pensando que no los escuchaba. El único motivo por el cual no la increpaban abiertamente era debido a sus lazos de sangre con el Pastor Joseph, tan venerado y respetado por todos. Así que a sus vecinos no les quedaba más que aguantarla a la fuerza, aunque no la toleraran.

Su padre también había cambiado en esos seis años. El Pastor Joseph se había vuelto un hombre tosco y amargo; alguien casado con la religión que solo repetía epígrafes citados en el Libro Sagrado, un hombre que rezaba y mandaba rezar salmos por cualquier situación que él considerara Pecado. Todos en la aldea habían comprobado la eficacia del Pastor Joseph para atrapar a malhechores, personas perversas contaminadas en cuerpo y alma; y para pillar a los más depravados realizando actos obscenos que harían avergonzarse hasta al propio Señor. Al Pastor solo le hacía falta apuntar con su huesudo índice a una pobre alma en pena y ésta sería condenada al castigo que Dios, mediante boca de Joseph, le impondría. Todos conocían su alto nivel de fanatismo, y todos sabían que por mucho que aquel sentenciado suplicara clemencia, al final se haría la voluntad Divina.

Constance miró sorprendida a su alrededor. A esas horas de la mañana la gente solía estar ocupando sus puestos habituales de trabajo, aglutinándose por las calles en torno a las paradas de los mercadillos que se organizaban para intercambiar productos frescos, hortalizas o telas. También era muy común ver a niños correteando por las callejuelas, hombres cargando carretas o mujeres apoyando sobre sus cabezas enormes cestos de ropa para lavar en la fuente del pueblo. Sin embargo, aquel día parecía ser especial, pues el gran alboroto que caracterizaba a Malmesbury había sido suplantado por un inquietante silencio que no auguraba nada bueno. Constance se fijó en que las diversas tiendas estaban cerradas y que no había ni un solo niño jugando en los jardines. Las calles estaban desiertas, ni hombres ni mujeres transitaban por ellas. ¿Dónde estaba todo el mundo?

Su padre la arrastró de la mano por las callejuelas de Malmesbury hasta llegar a la plaza del pueblo. La pequeña dejó escapar una exclamación de asombro. ¡La plaza se hallaba a rebosar de gente! ¡No cabía ni un alma! Así que todos los pueblerinos habían abandonado sus labores para estar allí; pero, ¿por qué?

Constance se hizo paso junto con su padre a través del gentío. Las personas se apartaban de buena gana cediéndole el paso al Pastor, inclinando levemente sus cabezas en señal de reconocimiento y respeto cuando éste pasaba junto a ellos. No obstante, cuando una señora vio a Constance dejó escapar una exclamación de sorpresa. ¡Esa rara niña! ¿Qué hacía allí? ¿Por qué su padre, que bastante tenía con cargar con una chiquilla tan extraña, había decidido traerla a la plaza? La gente se apartó de Constance al instante, evitando hacer contacto visual con esos ojos brillantes que lo miraban todo con curiosidad.

—¡Esa rarita! ¿Qué hará aquí? —murmuró con gran indignación la señora Fisher, la esposa del pescador.

—¡La muy desgraciada! ¿Cómo se atreve a presentarse a un acto como este con esas pintas? —replicó una mujer oronda de espeso cabello rizado, a quien la niña no reconoció.

—Tal vez su padre haya decidido ejecutarla también —se burló otra vecina a la que Constance no pudo distinguir bien a causa de la gran masa humana que la rodeaba.

El trío de mujeres rió como si aquel hubiera sido un gran chiste, pero Constance no lo entendió. Tampoco entendió las miradas desaprobadoras que le lanzaron algunos hombres, o las miradas acusatorias de algunas mujeres que trataron de apartar descaradamente a sus niños de ella cuando ésta pasaba junto a ellos. De pronto, la pequeña sintió un gran dolor en la parte inferior de la cabeza, ¡alguien la retenía del pelo y estaba tirando de él! Finalmente, la niña pudo desengancharse de esas manos que aferraban su cabello con tanto ahínco, y cuando lo hizo casi tropezó con su padre, que le lanzó una mirada envenenada. *«Niña torpe»* había leído en los finos labios de su progenitor. Molesta, echó la cabeza hacia atrás para descubrir al culpable del incidente, pero solo vio a dos niños rubios que se alejaban corriendo entre risas. ¿Habrían sido ellos?

Entre mofas y leves abucheos, Constance llegó al centro de la plaza y se situó al lado de su padre. La pequeña se quedó paralizada de terror cuando vio en el centro a una joven mujer atada a un poste. Llevaba la ropa sucia, rasgada y corrida de sitio, y permanecía amarrada en una postura que no parecía nada cómoda.

—¡Soltadme! ¡No he hecho nada malo! ¡Soltadme, por favor! —gritaba, aterrorizada.

A Constance le dio un vuelco el corazón. Aquella pobre muchacha parecía estar en peligro, suplicaba la ayuda de sus vecinos, ¡y nadie corría a socorrerla! La pequeña tuvo ganas de echar a correr y liberarla de sus fuertes ataduras, abrazarla y decirle que todo iba a estar bien; pero su padre la retenía fuertemente de la mano y cada vez se la apretaba más.

¡Le estaba haciendo daño! Aguantando un gemido de dolor, la niña echó un vistazo a su alrededor, ¡tal vez sus vecinos irían al auxilio de aquella desafortunada chica! Pero nada más lejos de la realidad: los niños le lanzaban escupitajos, y los más mayores, en vez de detenerles, los secundaban gritándole obscenidades y amenazas.

«¿Por qué le gritan esas cosas tan horribles a una persona indefensa? ¿Por qué no la ayudan a escapar de allí?» se preguntó amargamente Constance, con un nudo en el estómago.

No tuvo que darle muchas vueltas al caso, pues su padre finalmente habló.

—¡Hermanos y hermanas! ¡Querido pueblo de Malmesbury! Nos hemos reunido hoy aquí para condenar el grave delito de nuestra hermana Phoebe Wilcox. Sus pecados la han traído hasta aquí, sus perversiones la han amarrado a ese poste cual oveja descarriada. ¿Y sabéis que hace Dios nuestro Todopoderoso Señor si una oveja de su rebaño se revela ante él? ¡La castiga!

—¡No! ¡Yo no he hecho nada! ¡Tenéis que creedme, por favor! —suplicó la muchacha, pero su voz fue acallada por los abucheos del público.

—Pero Dios es bueno y nos concede la oportunidad de arrepentirnos por nuestros pecados. Él nos da la posibilidad de redimirnos y ganarnos su perdón sagrado. Solo así tendremos una oportunidad para entrar en el Reino de los Cielos —continuó el Pastor Joseph sin hacer caso de las súplicas de la mujer. Con una inspiración profunda, el hombre volteó sus ojos oscuros hacia la muchacha—: ¿Es cierto, Phoebe Wilcox, que sedujisteis a nuestro vecino Thomas Lawson; que lo convencisteis para que le fuera infiel a su esposa, y lo arrastrasteis a vuestro lecho? ¿Es cierto que lo incitasteis al Pecado, que lo indujisteis a cometer actos impuros que van en contra de la Palabra de Dios nuestro Señor?

—¡No, no es cierto! —replicó firmemente Phoebe, con la voz ronca de tanto gritar—. ¡Fue ese asqueroso gusano el que me convenció de eso! ¡Él me perseguía y me acosaba todos los días, me decía que su mujer estaba muy arisca y que no le daba lo que una esposa le debía dar a su marido por derecho! ¡Ese cerdo me aseguró que me amaba solo a mí, que detestaba a su mujer y que yo era la única a la que deseaba! ¡Él me prometió que la dejaría, me juró que se casaría conmigo y formaríamos una familia!

Los vecinos la abuchearon y le gritaron insultos. Tras dejar durante unos minutos que la muchedumbre se desquitara a su gusto con ella, el Pastor Joseph declaró:

—Mentís. Le mentís a la gente que os ha visto crecer, os mentís a vos misma y le mentís a Dios. ¡Pero el Todopoderoso todo lo sabe! ¡Nada se escapa de su omnipotente vista! ¡Sabe que sois una mujer pecadora, alguien que juega con sus encantos para incitar a los pobres hombres mortales, víctimas de mujeres ociosas como vos! Así que, ¡confesad! ¡Confesad delante de todos; confesad delante de Dios! ¡Arrepentiros de vuestro Pecado!

La gente alzó sus voces. Sus gritos se elevaron mientras que coreaban al Pastor, juraban amenazas de todo tipo y le propinaban bochornosos insultos a la indefensa muchacha que permanecía atada.

«¡No! Yo os creo, ¡yo sé que decís la verdad! ¡Miradme, por favor!» suplicó internamente Constance, deseando que la acusada hiciera por unos instantes contacto visual con sus ojos, rogando que la gente se diera cuenta de que estaban condenando a una pobre inocente. ¡Pero las personas se comportaban como animales salvajes, como lobos hambrientos a punto de saltar sobre la mujer y arrancarle de un zarpazo las entrañas! Y luego estaba su padre... ¡El Pastor Joseph guiaba a ese enfurecido rebaño de personas!

—Arrepentiros de vuestro Pecado, hermana —repitió lentamente su padre, vocalizando cada una de las sílabas.

—¿Que me arrepienta? —rió amargamente la muchacha. La gente se sorprendió cuando ésta rompió a reír en histéricas carcajadas motivadas por los nervios y el miedo—. ¡Pues claro que me arrepiento! ¡Me arrepiento de tener a esta pandilla de fanáticos energúmenos como vecinos, y me arrepiento de haber conocido a ese asqueroso cerdo embustero! Y también me compadezco de su esposa, ¡pronto la volverá a engañar con otra mujer y entonces también la condenareis!

La gente de su alrededor se inquietó, preguntándose por un instante si había algo de verdad en las palabras de la desdichada. Pero el hombre del hábito negro se hizo escuchar de nuevo entre los murmullos de los vecinos.

—Las mujeres sois pecadoras por naturaleza y por ello arrastráis al engaño y a la maldad a hombres inocentes como Thomas Lawson. Es por eso que vuestras palabras no se deben escuchar, porque están repletas de mentiras. Ese fue el legado que nos dejó Eva, la primera mujer en cometer Pecado y la primera en incitar a Adán. Pero Dios castigó sus crímenes a tiempo, y hoy la Justicia Divina recaerá sobre vos, Phoebe Wilcox.

El Pastor se aclaró la voz, y en ese momento un silencio expectante se produjo en la plaza. Todos estaban esperando la tan ansiada condena. Y cuando el Pastor Joseph volvió a hablar, su voz se mostró clara y firme.

Sin vacilar dictó:

—Phoebe Wilcox, habéis desobedecido las Leyes Divinas, habéis incumplido la Palabra de Dios y os habéis desvinculado de su camino. Se os dio la oportunidad de arrepentiros por vuestros crímenes y mostrarle sumisión a nuestro Señor, pero no lo hicisteis. Vuestro tiempo en este mundo terrenal ha terminado. Phoebe Wilcox, acusada de incitar al engaño y al adulterio a un buen hombre: habéis arrastrado al Pecado a Thomas Lawson y lo habéis humillado públicamente delante de su esposa. Vuestra osadía os permitió lanzar piedras al tejado de la casa de Dios sin importaros los pensamientos que Él pudiera tener al respecto. Pero nosotros también tenemos piedras y os las lanzaremos con el doble de fuerza para que paguéis por vuestros pecados y saldéis vuestra deuda con nuestro Señor; alabado sea. Esa es la condena que Dios os ha impuesto.

«¡No! ¡Dios no ha dicho nada! Lo acabáis de decir vos, padre, ¡vos!» lloriqueó Constance, atónita por lo que veía y escuchaba.

—Constance —la llamó su padre. La niña pegó un brinco en su sitio y lo miró. El hombre le entregó un enorme pedrusco que tuvo que sostener con ambas manos, pues era demasiado pesado para que una niñita de su edad pudiera cargar con él. El Pastor Joseph le devolvió una mirada iracunda y sin tono de réplica, le dijo firmemente—: Hija mía, haz los honores. Lánzale a esa ingrata la primera piedra.

—¡No! ¡Por favor, niña, no lo hagáis! —suplicó Phoebe desde su maltrecha posición.

Constance miró a la pobre mujer. Si bien antes había deseado que su atención hubiera recaído sobre ella, en aquellos instantes deseó volver a pasar desapercibida. Simplemente no podía sostenerle la mirada. No podía aguantar la mirada de una persona inocente que en pocos minutos dejaría de respirar.

No te equivoques, Morgana. Ellos harán que deje de respirar.

Las manos de Constance sudaban. La piedra se le resbaló de las manos y su impaciente padre se la volvió a dar, propinándole una mirada enervada. Era bien notable que su progenitor se estaba enfadando con ella por su lentitud, por sus miramientos y por concederle a la acusada el beneficio de la duda. La gente a su alrededor cuchicheaba preguntándose por qué no le tiraba la piedra de una maldita vez. Otros se burlaban creyendo que no sería capaz o que era tan débil y enclenque que no podía ni alzarla. Parecía que esos comentarios alteraban al Pastor Joseph más que la indecisión de su propia hija.

—No lo hagáis. Por favor —suplicó una vez más la mujer, aunque Constance no podía escuchar sus palabras apenas convertidas ya en

susurros, pues el griterío de la muchedumbre traspasaba sus oídos y se le clavaba en el cráneo.

—¿A qué esperas, Constance? —la presionó su padre—. Tírale ya la maldita piedra. ¡Demuestra al rebaño que eres digna de ser mi hija y la futura Pastora de la aldea! Si no tiras ya la piedra, nadie te aceptará nunca y hasta tu enferma madre renegará de ti.

La niña cerró los ojos y los apretó fuertemente.

Aceptación. Eso es lo que deseaba Constance, más que nada. Que la gente se acercara a ella y le sonriera, que se atrevieran a entablar conversación con ella, que los otros niños la invitaran a jugar con ellos, ¡incluso tener amigos! Pero lo que más quería ante todo era ganarse la aceptación, la confianza y el cariño de su padre.

Así que si solo tenía que tirar una piedra...

¿De verdad crees que si condenas a esa Hija de Adán, tu padre te amará?

«Lo siento mucho».

Constance apenas movió los labios para hacer constar las palabras que no se atrevió a vocalizar, pero se aseguró de que Phoebe Wilcox la entendiera. Y acompañada de gritos y abucheos, la niña lanzó la primera piedra. El pedrusco no dañó a la condenada; de hecho, ni siquiera la golpeó. Pero esa fue la señal para que el resto de vecinos con piedras en mano se apresuraran a lanzarlas, todos a una, hacia el cuerpo de la mujer.

Condenaste una vida inocente por tu propio beneficio personal. Eres egoísta y malvada. Pero sigues siendo débil, Morgana.

La pequeña bajó la cabeza y se tapo los oídos. No quería ver nada; no quería oír nada. No quería oír los gritos agónicos y desesperados de aquella pobre mujer, no quería notar como su voz iba perdiendo cada vez más fuerza hasta volverse ronca y finalmente, ser acallada. No quería ver el cuerpo ensangrentado y malherido, el desfigurado cuerpo roto y amoratado de lo que antes había sido un ser humano. No quería ver un maniatado cadáver sepultado bajo piedras que chorreaban sangre. Y tampoco quería ver a sus vecinos ni sus expresiones de alivio y gozo tras haber terminado con aquella mujer a la que días atrás consideraban amiga. Pero por nada del mundo deseaba contemplar el rostro feliz de su padre, un rostro que expresaba más alegría que cuando regresaba a casa tras finalizar un largo viaje. Y tampoco quería escuchar un «Dios ha hecho justicia» de sus labios.

Porque aquello no lo había hecho Dios. Aquello lo habían hecho los humanos; sus vecinos guiados por su adusto padre.

Aquel fue el primer día que Constance presenció una ejecución, con tan solo seis años. Y con solo seis años Constance comprendió que el mundo era cruel y salvaje, y que los seres humanos eran las criaturas más despiadadas del planeta.

Aquel día Constance aprendió que la maldad era equivalente a justicia.

□□□□□□□□□□□□□□□

(*) Supplicium: significa «ejecución» en latín.

Capítulo 7

CAPÍTULO II | INSIDIAE

Constance se arrebujó en su gruesa capa negra. Sus pálidas manos temblaban, sus dientes castañeteaban entre su lengua y su larguirucho cuerpo se deshacía en mil incontrolables escalofríos motivados por las bajas temperaturas de aquella noche invernal, y ante todo, el *miedo*. Sus huesudas rodillas le pedían clemencia, pues había estado al menos una hora postrada ante la nieve. Titiritando de frío y conteniendo unas cristalinas lágrimas traicioneras, la peculiar niña de tan solo ocho años se recordó que debía ser fuerte y ante todo, no tenía que ceder al instinto, pues bien sabido era que el instinto así como las bajas emociones eran pecados.

Sin embargo, el cadáver de la mujer que se hallaba estirado frente a ella era motivo más que de sobra para que pudiera sentirse asustada y cohibida. Incluso culpable.

«Pero no es mi culpa. Ella iba en contra de Dios y por eso el Todopoderoso la castigó», trató de mentalizarse.

Eso es; aquella muchacha no era más que una maldita hereje que había negado y despreciado la existencia del Señor y había sucumbido al Pecado. No había sido la primera —ni sería la última— en negar la existencia del Todopoderoso, pero al final sus actos impuros e infieles a la Palabra la habían llevado a hundirse en aquel frío lago de Malmesbury.

Habían pasado dos años desde que su padre la llevara por primera vez a presenciar una ejecución pública. En aquella época tan solo tenía seis años y, pese a ser todavía una infante, su padre no había tenido reparos en arrastrarla de la mano por toda la aldea para que contemplara el horror y la agonía más absoluta de aquellos que van en contra de la Palabra de Dios. O «la Justicia Divina», como el Pastor Joseph solía decir.

Muchos acontecimientos habían ocurrido desde entonces; no obstante, de todas las siguientes ejecuciones y castigos que Constance había tenido que presenciar, el que sin dudas le marcó fue el inicial: la ejecución de la joven Phoebe Wilcox. Todavía podía escuchar en su cabeza sus gritos infernales, sus alaridos de dolor, sus agonizantes súplicas y sus maldiciones cargadas de ira, odio y locura. Dormida y en sueños o despierta y realizando las tareas domésticas, Constance podía escuchar claramente cómo su etérea voz le aullaba en el oído: *«¡Maldita, impura! ¡Nos has condenado a todos, asesina! ¡Monstruo!»*. Incluso a veces, cuando en mitad de la noche sus cánticos de venganza se elevaban,

Constance despertaba violentamente y entre las sombras del mundo onírico y la lucidez de la realidad podía ver frente a su pequeño lecho una figura esquelética de mirada oscura y sedienta de sangre que la acechaba y la acusaba señalándola con su índice raquítico: la figura pálida, deforme, encorvada y sangrante de un cadáver que antaño fue Phoebe Wilcox.

Obviamente nadie sabía acerca de la existencia de sus «pesadillas» pues su madre estaba gravemente enferma y lo último que deseaba era molestarla con sus infantiles inquietudes, y por otro lado, si se lo contaba a su padre probablemente éste le daría una severa paliza por bromear con cosas como aquella. Y era más que evidente que no tenía ningún tipo de relación o amistad con sus vecinos, así que no podía confiar en nadie... ¡Porque además, si lo fuera contando por ahí la tacharían doblemente de loca y «rarita», justo lo que ya era a causa de su maldito mechón verde!

«Odio mi cabello» se repetía constantemente, puesto que ése era el principal de todos sus problemas. Oscuro como el ébano y adornado con un extraño mechón verde hacia un lado, era cuanto menos curioso y llamativo. Sobre todo porque la gente corriente no tenía el pelo de dos colores diferentes, mucho menos verde como la hierba. Desde que tenía memoria había tenido que soportar burlas, vejaciones, insultos y duras críticas a causa de su peculiar melena. La marca del Diablo, decían algunos.

Sea como fuere, estaba sola en todo. No tenía amigos con los cuales jugar ni confidentes para contarles sus secretos o desahogarse cuando su padre la castigaba violentamente.

Con un estremecimiento recordó la primera paliza real que su padre le dio. Ocurrió la misma noche en la que ejecutaron a la joven Phoebe Wilcox. Nada más llegar a la cabaña donde vivían —a las afueras de la aldea, junto a la linde del bosque— su padre la retuvo del cabello que tanto detestaba y le propinó un conjunto de golpes, patadas y puñetazos frente al destartalado camastro donde se postraba su casi moribunda madre.

Ante las súplicas agónicas de la pobre mujer para que dejara de lastimar a la niña, su marido gruñó:

—Tu hija es débil. Hoy no ha podido sostener una simple piedra sobre su cabeza, y con su patético intento de lanzamiento ni siquiera ha logrado rozarle la punta de los dedos a esa miserable pecadora. Es indecisa y cobarde. No es digna para ocupar el puesto de Pastor.

Por ese camino no llegarás muy lejos, Morgana.

Después de esa cruel y despiadada paliza su padre se marchó a rezar y Constance quedó tirada en el suelo durante varios minutos que le

parecieron eternos. Magullada y dolida, la pequeña comprendió que sabría reponerse de esas heridas físicas que le había infligido su progenitor pero jamás se repondría de los rasguños emocionales que habían llegado hasta su corazón y calado en lo más profundo del alma. Sabía que si quería ser digna debía hacer más, ser más. Si quería la confianza, el amor y el afecto de su padre debía empezar a ganárselo; debía comenzar observando el mundo que la rodeaba y juzgarlo.

El día siguiente de la brutal golpiza, su progenitor —lejos de disculparse— le entregó una capa negra que le quedaba enorme y tapaba totalmente su menudo cuerpo.

—Nadie debe enterarse de esto —dijo el hombre mientras la sostenía firmemente del rostro magullado y hundía los dedos en las heridas recientes de las mejillas—. Sería un escándalo y arruinaría nuestra reputación si los vecinos llegaran a descubrir lo que ocurrió la noche anterior.

Constance apretó los dientes soportando el inmenso dolor que le provocaba el tacto de su padre en la piel y sus afiladas palabras que se le clavaban en el cráneo. Aunque era pequeña y algunas cosas todavía le resultaban difíciles de entender, sabía que aquello no era una disculpa; de hecho, su padre proclamaba las palizas para enderezar a las ovejas descarriadas y guiarlas por el camino recto. Por eso era común ver por la aldea a mujeres y niños heridos por sus maridos y progenitores. No, definitivamente su golpiza significaba más que eso. Después de todo era la hija del Pastor Joseph, una Halliwell que había nacido bajo la protección de Dios con el fin de transmitir su Palabra Divina cuando el Pastor, finalmente, se marchara a su lado.

—Los vecinos no podían saber de ninguna manera que no eras válida para ser la futura Pastora de Malmesbury... No debían pensar que eras una oveja descarriada del rebaño, la oveja negra de la aldea. En ti debía primar la bondad, la nobleza y la justicia desde tu nacimiento; así que debía ser impensable que merecieras ese castigo —le comentó su madre un día, aprovechando que su padre se hallaba en el establo—. Deberías darle las gracias a tu padre. Desde aquella noche cambiaste, te volviste diferente. *Compasiva, justa*. ¡Oh, Constance! ¡Él nos quiere tanto, y hace tantas cosas por nosotras! Algún día serás capaz de verlo...

Algún día serás capaz de verlo...

*—Kyrie, rex genitor ingenite, vera essentia, eleison. Kyrie, luminis fons rerumque conditor, eleison...*** —Los cánticos de su padre suplicándole piedad a Dios en nombre del alma que hacía escasos minutos habían separado de su cuerpo mortal devolvieron a Constance a la realidad.

La pequeña observó a su padre, quien se encontraba arrodillado frente al joven cadáver de la muchacha. Con el Libro Sagrado reposando sobre su regazo y abierto por la página indicada para el ritual post-mortem, el hombre recitaba cada una de las palabras latinas con ahínco, firmeza y pasión, como si quisiera convencer al moribundo cuerpo de que encontraría la paz que necesitaba fuera de ese plano terrenal, sobre los dominios celestiales de Dios.

Luego se fijó en el desdichado cuerpo femenino extendido frente a ella: la luz de la luna llena se reflejaba en su piel —aún mojada— que parecía estar hecha de rígido mármol; violáceos moratones se agrupaban en sus muñecas y tobillos —allí adonde había sido firmemente amarrada con gruesas cuerdas—, y profundas venas azuladas se expandían por su cuello, sus brazos y piernas como si se trataran del vasto ramaje de los árboles. El cuerpo yacía con los brazos cruzados sobre el pecho inerte, los pálidos labios fruncidos y firmemente cerrados los ojos, cuyas largas pestañas proyectaban inquietantes sombras sobre su mortecino rostro. El fino vestido blanco que llevaba puesto —se trataba de la típica indumentaria que debían vestir los condenados— se le pegaba al cuerpo, dejando así poco a la imaginación; y el largo y oscuro cabello se desparramaba sobre el níveo suelo, creando ondulaciones negras sobre la tierra yerma.

Si bien Constance recordaba haber visto a aquella muchacha en algún lugar, lo cierto era que no sabía su nombre y tampoco había prestado atención cuando su padre lo pronunció reiteradas veces durante su previo discurso antes de la ejecución.

«El Juicio» recordó la niña, pues así era cómo su progenitor denominaba a aquel momento de terror para los condenados y de exaltación extrema para el pueblo.

Después de presenciar varias ejecuciones la pequeña había aprendido que todo sería más fácil y llevadero si no sabía los nombres de aquellas personas pendientes del veredicto final; si no recordaba sus rostros perlados en agonía y desdicha.

«No es mi culpa, no la conocía de nada. Ella eligió el camino equivocado; era una oveja descarriada... Nosotros le indicamos el correcto, y ése le ha conducido hasta Dios. Ahora Nuestro Señor velará por su alma, libre ya de toda culpa».

Libre de la vida que injustamente le habéis arrebatado.

Constance sacudió la cabeza. Por mucho que trataba de mentalizarse, de repetirse que estaban haciendo lo mejor para el pueblo y para todos sus habitantes, por más que quisiera creer que lo que hacían era bueno —*¡que estaba bien!*— para todos y que el resto del mundo estaba equivocado;

una vocecita en su cabeza le farfullaba constantemente lo contrario.

Sin embargo, aquello no tenía ningún sentido. Su padre se encargaba de proclamar y difundir la Palabra de Dios —el único dios— en Malmesbury y poblados cercanos, así que ¿cómo era posible que otras personas fueran en contra de sus ideales y principios, y velaran por otros dioses que, claramente, no existían? Su padre lo llamaba «herejía», ella prefería llamarlo «invenciones». ¡Ellos tenían la Palabra de Dios escrita en el Libro Sagrado, pero esos herejes ni siquiera tenían un cuaderno con los mandamientos de su dios ficticio!

Lo peor de todo es que aquel no era un caso aislado, pues en los últimos meses habían conseguido capturar al menos dos decenas de personas —incluso familias enteras— que creían en otras divinidades, ¡incluso hubo alguien que afirmó no tener fe en nada!

Tú tampoco la tienes, ni siquiera en ti misma.

«¿Cómo será no creer en nada? ¿No tener fe?» se preguntó la niña, ignorando aquella maliciosa vocecilla que la acosaba con cada planteamiento que se hiciera.

*—Christe, lux oriens per quem sunt omnia, eleison. Christe, qui perfecta est sapientia, eleison...****

Las últimas plegarias de su padre se alzaron hacía el oscuro cielo nocturno, y mientras, la pequeña reflexionó sobre sus actos de aquella fría tarde invernal. Su padre había proclamado pocas horas atrás ante el gran gentío que había asistido a contemplar el castigo, que si era cierto que existía otro dios, éste salvaría a la joven del gélido abrazo de ese insondable lago abismal; si por el contrario no era así, Dios la castigaría por haber faltado a su Palabra y la hundiría hasta el fondo. Constance solo había tenido que colocar siete gruesas piedras —una por cada pecado capital— en los bolsillos del ligero vestido de la muchacha.

Con las manos atadas a la espalda, los pies fuertemente amarrados y una gruesa cuerda anudada alrededor de su cintura, la habían lanzado al agua desde una barquichuela. Tras estar diez minutos esperando que la voluntad de su dios pagano se hiciese y la joven mujer resurgiera de las aguas, finalmente, el barquero junto con dos personas más tiraron de la cuerda hasta que emergió el cadáver de la fémina. Ahogamiento o hipotermia, era difícil saber cuál había sido la causa real de la muerte. Tal vez un poco de ambas. Lo cierto era que Dios era verdadero y una vez más habían hecho justicia.

—Eso es lo que tú te crees, estúpida —murmuró Constance sin querer, vocalizando palabras que no quería, que no debía decir en voz alta. Pero parecía que aquella vocecilla de su cabeza tenía consciencia propia, y

llegaba un punto en que no sabía distinguir sus propios pensamientos de los de aquella peculiar mente.

—Constance —la llamó su padre. La niña dio un respingo en el sitio, implorando que el severo hombre no hubiera escuchado su reciente declaración. A veces incluso pensaba que los demás también podían escuchar esa voz que le susurraba maldades al oído, otras veces se preguntaba si no sería la única con aquella «molesta compañía», si el resto también tenía ese problema... ese «inquilino mental»—. Constance, ve a casa y prepara la cena.

La pequeña dio un suspiro de alivio. ¡Quién sabe qué hubiera ocurrido si su padre hubiera escuchado aquella blasfemia! Una imagen bizarra se abrió paso en su mente como los finos rayos de sol que se filtraban por los sucios cristales de la ventana de su cuarto al amanecer: su progenitor le tapaba totalmente la cabeza con la capucha de su capa negra y la sumergía hasta el busto en las frías aguas del lago. Por mucho que trataba de revolverse, patalear y sacudirse a su padre de encima, no lograba desasirse de su firme agarre; no conseguía liberarse de aquel helado abrazo que le oprimía el cuello y le comprimía los pulmones, abrasándolos... encharcándolos. Un oscuro velo de sangre cubrió sus ojos y entre los resquicios de la vida que por momentos la abandonaba escuchó decir a la joven que yacía muerta en la superficie: *«¡Esto es lo que se siente al morir ahogada, maldita!».*

Una fuerte bofetada la saco de su ensimismamiento.

—¡Cuando te hable, me contestas inmediatamente, niña inútil!

Con la cabeza ladeada en un extraño ángulo, el cuello dolorosamente torcido hacia un lado y una mejilla hirviendo y palpitando como si tuviera corazón propio, Constance observó a su padre, quien se encontraba de pie frente a ella y con el brazo todavía extendido. No sabía por cuánto tiempo había quedado abstraída de la realidad ni cómo su padre se había puesto tan rápido de pie —arrodillado como estaba ante el cadáver de la joven—, había tomado de nuevo el Libro Sagrado y se había dirigido hacía ella. Ante su falta de respuesta, el hombre volvió a golpearla en la misma mejilla, y en esta ocasión empleó el doble de fuerza.

El golpe terminó derribando a la niña y tumbándola de lado, con su mejilla herida impactando contra el suelo helado. *«¡Duele, escuece!»*, se quejó mentalmente al notar el frescor de la nieve en la parte ardiente de su rostro. La pequeña se llevó una mano a la zona herida mientras sopesaba la gravedad del daño y si le dejaría una horrible marca durante días. Después trató de incorporarse, pero una fuerte patada en la espalda la dejó sin respiración y volvió a tumbarla en tierra; esta vez cayendo de frente. Casi sintió cómo los huesos de su cráneo se partían en mil

fragmentos al impactar contra la dura superficie.

—¡No te moverás del suelo hasta que respondas, malnacida! ¿Cuándo te atreverás a abrir, finalmente, la boca? ¿O es que acaso quieres que te haga poner también la otra mejilla? —Los gritos de su padre se le incrustaban en el cerebro destrozándole la razón, dañándole la mente, arruinando su ya maltrecha cordura.

Eres débil.

Una vez más y con la visión borrosa, la niña intentó ponerse en pie.

—S-sí... Iré a casa... P-prepararé la c-cena... T-todo estará listo para cuando llegueis, p-padre... —consiguió farfullar a duras penas, con la garganta seca.

—Muy bien. Ahora ponte en pie y sal fuera de mi vista antes de que me arrepienta y te vuelva a patear contra la tierra, mocosa.

La niña se incorporó lentamente y con severas dificultades —pues le dolía todo el cuerpo—, pero el miedo y las ganas de salir del campo de visión de su padre hicieron que se apresurara todo lo más que podía, omitiendo quejas, lamentos y exclamaciones de dolor. Ya tendría tiempo para llorar más tarde cuando llegara a casa; en su habitación, oculta bajo las gruesas mantas de su pequeña cama.

—Como penitencia esta noche no probarás bocado y cuando llegue a casa correrás a encerrarte en tu cuarto y permanecerás sin salir de allí hasta el amanecer. No quiero volver a ver tu repugnante figura en lo que queda de jornada. Eso sí: procura que la cena esté lista y servida en la mesa cuando llegue; de lo contrario, no probarás bocado en toda la semana.

—S-sí, p-padre —se apresuró en responder; aunque el frío, el miedo y el inmenso dolor que sentía le impidieron vocalizar claramente las palabras e incluso añadir algo más convincente.

No obstante, eso mantuvo conforme al Pastor puesto que simplemente se limitó a echarle una última mirada asqueada y repleta de odio, para después darle la espalda y dirigirse de nuevo hacia el cadáver con el Libro Sagrado firmemente agarrado, interponiéndolo entre su cuerpo y el de la difunta como si de un poderoso escudo se tratase.

Constance no sabía por qué su padre siempre se quedaba a solas con los cadáveres una vez que toda la muchedumbre que había acudido a contemplar la ejecución partía hacia sus respectivas casas; incluso cuando ambos ya habían realizado —en estricta soledad— el típico ritual post-mortem que concluía el castigo. De hecho, ¿qué pasaba después con dichos cuerpos? ¿Eran enterrados en algún sitio? Juraría que nunca había

visto la lápida de Phoebe Wilcox en el cementerio, ni escuchado a sus chismosos vecinos rumorear acerca de los restos de las personas que ejecutaron en su momento.

La niña agitó la cabeza: había vuelto a abstraerse, lo cual no era bueno —y en ese día ya lo había hecho varias veces—. Sin pensarlo más dio media vuelta y se encaminó hacia su pequeña morada, dejando atrás la oscura silueta de su padre que la contemplaba con un brillo indescifrable en la mirada, y las insondables aguas del lago que se extendían hacia el raso horizonte.

Constance temía el bosque. Nunca le había causado curiosidad adentrarse entre sus altos y tupidos árboles; y si en plena luz del sol cruzar la linde que dividía el poblado con el frondoso paraje verde le producía ansiedad y desasosiego, a altas horas de la noche no podía más que sentir pavor.

Bien sabido era que merodear por el bosque tras la caída del crepúsculo era peligroso. ¡Siempre cabía la posibilidad de resbalar y caer por un barranco, ser presa de una feroz criatura, o desorientarse y perderse entre su vasta maleza! Sin embargo, el lago se hallaba al otro lado del bosque, y para regresar a casa debía volver a cruzarlo.

Ignorando los acelerados latidos de su corazón, que repiqueteaba descontrolado contra su pequeña caja torácica, la niña se propuso acelerar el paso y arribar lo más ponto posible a casa. Su padre le había encomendado una tarea y, tras esa inesperada paliza, no deseaba tener más problemas con él. ¡Debía llegar a casa antes que su progenitor y tener la cena preparada y servida para cuando él hiciera acto de presencia!

Los fríos rayos lunares se filtraban entre las raquíticas ramas de los árboles —carentes de hojas— y se proyectaban sobre la tierra cubierta de nieve, creando un manto fluorescente. Solo tenía que seguir ese sendero

brillante que la llevaría hacía su humilde hogar. Pero de pronto, escuchó un ruido. Un crujido, más bien. Un sonido sordo que por un instante perturbó la inquietante calma del bosque.

Constance agitó la cabeza. Tal vez solo había sido su imaginación... o su mente, que le volvía a jugar una mala pasada. Simplemente se limitó a rodar los ojos y retomar su marcha.

Crick, crick, crick...

¡Otra vez! El mismo sonido se había vuelto a repetir detrás de ella, y está vez, más cerca. Reconoció los pesados pasos sobre la nieve y el típico crujido que se produce al pisar y quebrar ramitas. No había duda, ¡alguien la estaba siguiendo!

—¿Hay... hay a-alguien ahí? —se le ocurrió preguntar, aunque sabía que no obtendría respuesta.

Temblando de miedo observó entre los troncos de los árboles, repasó el denso ramaje y trató de ver más allá de la profunda barrera vegetal. Pero, al parecer, no había nada, ni nadie. Lentamente, la pequeña dejó escapar un suspiro de alivio. Seguro que aquel ruido lo habría producido algún búho o ardilla... Nada más.

Constance dio media vuelta para proseguir su camino, y ese fue su mayor error. Justo en frente de ella y a pocos centímetros de su rostro, había aparecido de repente una figura cubierta por un largo vestido negro de encaje y un oscuro velo que tapaba su cabello y ocultaba su rostro al completo. La niña no pudo evitar soltar un alarido de pánico. Intentó escapar, alejarse de allí; pero las piernas no le respondían. ¡Se había quedado petrificada en el sitio; algo le impedía moverse!

Mientras, la oscura silueta se iba acercando lentamente a ella. La delgada figura extendió sus largos brazos y la señaló con su índice derecho; ambas manos cubiertas por gruesos guantes de cuero negro. Su tenebrosa voz de ultratumba se dejó oír entre las densas capas de encaje que le cubrían la cabeza:

—Mor... ga... na...

La inquietante voz sonaba gangosa, pastosa y quebrada; como si desde hace mucho tiempo no hubiera podido pronunciar palabra alguna.

—Morgana... Ven... Vuelve... Regresa...

—¡¡No!! ¡Aléjate de mí! ¡¡¡Aléjate de mí!!!

Constance entró en pánico. Sus sienes martilleaban furiosamente, su cabeza estaba a punto de estallar y su corazón en cualquier momento entraría en paro cardiaco. Presa del miedo, la angustia y la desesperación, dio media vuelta y echó a correr entre los árboles. En aquel momento estaba tan nerviosa que ni siquiera se dio cuenta del instante en que pudo controlar de nuevo su cuerpo y enviar órdenes a sus músculos para que emprendieran la carrera más desesperada que había corrido en su vida.

Sin detenerse por un segundo ni mirar atrás, la niña recorrió largas hileras de árboles sin importarle que sus largas ramas le golpearan en la cabeza y le arañaran despiadadamente la cara y las manos cuando trataba de apartarlas a un lado. En un par de ocasiones tropezó con algunas gruesas raíces que sobresalían del suelo, y algunas zarzas se enredaron también en su vestido y la retuvieron de él durante escasos segundos —que le parecieron eternos— hasta que por fin conseguía soltarse.

La pálida luz de la luna contra la nívea superficie le cegaba. Era imposible ver por dónde corría, dónde se hallaba. Juraría que habría recorrido ya medio bosque, es más; que llevaba toda la noche deambulando de un lado a otro. Al final, cuando sintió que sus pulmones iban a explotar y que sus músculos iban a convertirse en mantequilla, decidió detenerse. Había llegado a un pequeño claro, un diminuto circulo iluminado por la luz de la luna llena. A su alrededor, los grandes arbustos se unían y entrelazaban unos con otros, formando así una especie de barrera.

Sin embargo, no importaba cuan extraño fuera aquel desconocido paraje, sino que aquella peculiar figura oscura había dejado de seguirla. Había conseguido despistarla.

O eso creyó.

Mirara por donde mirara no había nadie. Ya no había nada. Pero... ¿qué eran aquellos dos faros que poco a poco se iban acercando por entre los árboles?

«¡Será la gente del pueblo!», pensó la pequeña mientras trataba de conservar la poca calma que le quedaba. *«Padre debió llegar a casa, y al no encontrarme, madre tuvo que informarle de que yo no había acudido aún... ¡Eso es! Estarían preocupados por mí, pues saben que merodear por el bosque de noche es peligroso... Así que padre habrá avisado a los vecinos para que le ayuden a buscarme. ¡Seguro que es eso!».*

No obstante, pronto tuvo que rechazar aquellos pensamientos optimistas. Por más que se esforzara, no conseguía escuchar las voces de su padre ni las de los vecinos llamándola... Y aquellos pequeños faros de luz cada vez se iban aproximando, más y más. Ese fuego verde refulgía con violencia,

casi podía percibir su maldad.

Pero, ¿desde cuándo el fuego era verde?

No tuvo tiempo de reaccionar.

Aquellos faros no eran más que los brillantes ojos verdes de una enorme bestia que surgió de lo más profundo del bosque. Era semejante a un lobo, pero no parecía un lobo común. Éste era enorme, gigantesco. Su altura superaba con creces la estatura de Constance, parecía incluso más grande que un caballo. Su oscuro pelaje tan negro como el firmamento, se erizaba y encrespaba a causa de toda la ira que emanaba por su gran cuerpo. Su largo rabo se balanceaba frenéticamente de un lado para otro, sus puntiagudas orejas estaban empinadas, en alerta; y sus afiladas garras se clavaban como cuchillos en la nieve, despellejándola.

Pero lo más inquietante eran sus ojos, aquellos dos charcos fluorescentes de veneno que miraban fijamente a Constance con odio.

Como si la conociera...

M O R G A N A

La pequeña no pudo ni siquiera gritar cuando la enorme bestia dio un salto y se le tiró encima. Del fuerte empujón la niña cayó de espaldas en la nieve, y lo siguiente que vio al subir la mirada fue el alargado hocico peludo de aquel animal junto con una larga hilera de colmillos bien afilados.

M O R G A N A

V U E L V E

R E G R E S A

Estaba encogida en el suelo, hecha un ovillo. Temía que sí se movía aquel monstruo le hiciera daño; daño de verdad. La cabeza le dolía, le martilleaba, le iba a explotar. Las voces seguían ahí y cada vez se hacían más fuertes e insistentes... Gritaban, aullaban.

Pudo sentir el dolor, la ira, el odio, la rabia, la angustia, la decepción. ¡Pero esos no eran sus sentimientos! No eran sus emociones; no realmente en ese momento. Sentía que enloquecía, *que enfermaba*. Una mano perversa la aferraba del pie y tiraba de ella, arrastrándola también a la decadencia, al *caos*.

No lo permitiría.

No supo qué hizo ni cómo, pero de repente se encontró de pie, corriendo de nuevo por el bosque. Sus pies se hundían en la nieve espesa, sus apresurados pasos resonaban en su cabeza; y las huellas... Las huellas que dejaba sobre la nieve se habían tornado *rojas*.

Había dejado un reguero de sangre tras ella; sangre que se impregnaba en sus ropajes, que se adhería a su piel... que manchaba sus manos y su rostro. Sangre que, estaba segura que no era de ella.

Un terrible aullido resonó en la lejanía. Aquel monstruo estaba furioso, lo había herido gravemente y esta vez volvería a por ella y la mataría. No habrían más oportunidades.

M O R G A N A

Angustiada, apresuró el paso sintiendo cómo esa bestia la perseguía, casi rozaba sus talones... Podía sentir su fétido aliento sobre su cabeza, sus asquerosas babas bañar su cabello.

R E C U E R D A

Y entonces, resbaló.

La nieve se fundió bajo sus pies y un inesperado barranco se extendió frente a ella. Rodó violentamente hacia abajo, cayendo en picado fugazmente, golpeándose su ya malherida cabeza contra las rocas; arañándose brazos, piernas y rostro con las más puntiagudas.

Cuando finalmente tocó suelo, solo un fino hilo la mantenía todavía consciente. Desde su posición logró ver al inmenso lobo, en lo alto del barranco, y su inquisidora mirada esmeralda clavada en ella.

R E C U E R D A Q U I É N E R E S

Después, un manto oscuro cayó sobre ella y quedó atrapada entre las sombrías telarañas de la inconsciencia.

□□□□□□□□□□□□□□□

(*) Insidiae: significa «acecho», «emboscada», en latín

***(**) Kyrie, rex genitor ingenite, vera essentia, eleison. Kyrie, luminis fons rerumque conditor, eleison.* Su traducción en español es «Señor, Rey y Padre no engendrado, Verdadera Esencia de**

Dios, ten piedad de nosotros. Señor, fuente de luz y Creador de todas las cosas, ten piedad de nosotros»

(***) Christe, lux oriens per quem sunt omnia, eleison. Christe, qui perfecta est sapientia, eleison. **Su traducción en español es «Cristo, Luz guía, a través de quien son todas las cosas, ten piedad de nosotros. Cristo, Perfección de la Sabiduría, ten piedad de nosotros»**

Capítulo 8

CAPÍTULO III | INCUBUS

CAPÍTULO III

PESADILLA

□□cielo se hallaba prendido en llamas. Parecía que un mar de sangre tan oscura como el alquitrán lo hubiese cubierto por completo. El calor era asfixiante y una densa humedad se esparcía por la caldeada atmósfera, creando un ambiente abrasador.

Constance respiraba con dificultad. Con cada inhalación que dada sentía sus pulmones arder, estallar y tornarse en cenizas; con cada exhalación que soltaba notaba que su alma se iba desprendiendo poco a poco de su maltratado cuerpo. Su corazón latía desbocado contra su pecho, y sus descontroladas pulsaciones repiqueteaban descompasadas en sus marcadas venas. Las cristalinas gotas de sudor resbalaban por su frente y empañaban su vista tornándola borrosa. Estaba agotada. Respirar cada vez se le antojaba más difícil y mantenerse en pie resultaba ser toda una odisea.

Además, percibía una desagradable sensación: algo la observaba.

Un enorme ojo esmeralda se suspendía en el centro del cielo carmesí, contemplando con inmensa curiosidad la esperpéntica escena que se

estaba desarrollando varios metros más abajo. En cuanto Constance lo miró, aquel grotesco orbe reparó en ella y le devolvió la mirada, fijándola intensamente en su frágil figura.

La pequeña observó aquel peculiar ojo: todo en él era iris, y una alargada y delgada pupila oscura se perfilaba en su centro. Su gesto resultaba inquietante, amenazador. Parecía el gigantesco ojo de un reptil; pero uno *inteligente*..., *milenario*.

La niña se encogió sobre sí misma. Detestaba aquella mirada inquisidora que recaía sobre su silueta, pues presentía que con tan solo un breve vistazo aquella criatura sería conocedora de sus pensamientos, sentimientos e intenciones. Todos sus secretos, todas sus penurias... Toda su vida estaría en pleno conocimiento de aquel espeluznante ser que parecía estar acusándola con la mirada, juzgándola.

Sé quién eres y lo que has hecho. Por muy bien que te escondas, por mucho que trates de ocultarte de mi omnipotente vista...; nunca podrás huir de mí. Al final te encontraré. Siempre termino encontrando a los que son como tú.

La voz gutural de la bestia murmuraba obscenidades en su mente; farfullaba amenazas y desquiciados acertijos en un idioma arcaico extinto hacia eones, y que no significaban nada para ella. Harta de aquella horrible mirada que no hacía más que contemplarla con desprecio, la pequeña decidió retirar la suya y trató de apartar unos rebeldes mechones oscuros de cabello que le colgaban por la frente. Pero su sorpresa fue notoria en cuanto vio sus manos, pues lo único que quedaban de ellas eran solo huesos corroídos envueltos en pequeñas deshilachadas tiras de piel ennegrecida y carne putrefacta.

La pequeña intentó gritar, aterrorizada. Mas, ningún sonido consiguió salir de sus pálidos labios. Un punzante dolor en la lengua le hizo blanquear los ojos y caer al suelo, presa de la angustia y la desesperación. Afligida, hincó los huesudos dedos en las yermas tierras cubiertas de cenizas, suplicándole a Dios que cesara su sufrimiento. Podía sentir el amargo sabor de la sangre en su boca; notaba cómo miles de cristales afilados rasgaban su lengua por la mitad, de arriba a abajo. Agonizando aún, se apoyó en una polvorienta lápida para incorporarse, sin importarle que su propio nombre estuviera grabado en la piedra. Luego dio media vuelta y echó a correr por lo que supuso que serían las callejuelas de Malmesbury. No obstante, todo era muy diferente de cómo lo recordaba.

La aldea parecía consumirse en un océano de llamas. Allá a donde mirara solo podía ver fuego, sangre, destrucción y muerte. El caos se hacía presente en cada rincón, en cada resquicio del poblado. Las casas se hallaban en ruinas, completamente destrozadas. Algunas de las que a duras penas todavía se mantenían en pie, se desmoronaban bruscamente

en cuanto Constance pasaba fugazmente por su lado. Otras cabañas y comercios ardían intensamente, propagando un denso humo oscuro que le emborronó la visión y le produjo un fuerte ataque de tos hasta llevarla a arquearse por la mitad y vomitar.

Aún en esas pésimas condiciones, la niña siguió corriendo sin importarle que considerables tiras de piel se desprendieran de su escuálido cuerpo, dejando la carne enrojecida al descubierto. Tenía que alejarse de allí lo más rápido posible, pues esa terrible escena la estaba volviendo loca.

Mientras corría, podía sentir la acusadora mirada de aquel enorme ojo sobre su figura. Se imaginó la inmensa curiosidad que tendría que padecer aquel ser por conocer sus futuras acciones, puesto que toda su atención había recaído en ella.

Y eso solo podía significar una cosa: algo terriblemente *malo* iba a ocurrir.

De pronto, la pequeña escuchó gritos. Súplicas agónicas e intensos alaridos de dolor y terror retumbaban en las calles; y a cada paso que daba, el volumen de dichos gritos aumentaba en exceso.

Angustiada, la niña siguió el sonido de los delirantes lamentos. ¡Si había alguien en apuros, su obligación era socorrerlo! Además, por un efímero momento sintió alivio de no ser la única que vagaba por ese infierno escarlata... ¡Tal vez más gente estuviera atrapada en él, esperando a ser rescatada!

Sin embargo, se tuvo que arrepentir de sus últimos pensamientos inapropiados en cuanto llegó a la plaza del pueblo y contempló la bizarra escena que se estaba llevando a cabo a escasos metros de ella. Algunos aldeanos clavados en estacas de madera y con los brazos extendidos en cruz ardían intensamente y se consumían en un mar refulgente mientras que el crepitar de las flameantes llamaradas opacaba sus estridentes gritos y oraciones. Más allá, pudo ver a una mujer que bailaba una macabra danza calzando unos zapatos elaborados con hierro ardiente. Sus tobillos estaban al rojo vivo; no obstante, la fémina no podía quejarse ni llorar, pues sus labios estaban firmemente sellados con alambres y carecía de párpados en los ojos. En un rincón, un hombre postrado de rodillas sobre la tierra seca se flagelaba a sí mismo a la vez que emitía extraños cánticos y ruegos en un idioma que Constance desconocía.

Un lamentable grupo de hombres y mujeres pasó por su lado. Iban en fila única —unos detrás de otros— con los pies desnudos y encadenados, sosteniendo grandes piedras pesadas por encima de sus despeinadas cabezas. Rodeando sus frágiles cuellos llevaban un collar de espinas cuyos pinchos se les hincaban terriblemente en la carne hasta cortarles la respiración y hacerles sangrar violentamente si se paraban o marchaban

con lentitud, entorpeciendo la procesión de la harapienta cadena humana. Bajo ninguna circunstancia debían soltar la enorme piedra que portaban, pues las consecuencias eran catastróficas, tal y como Constance —para su desgracia— pudo comprobar. Un anciano enclenque, no pudiendo soportar más la presión, tropezó y cayó exhausto al suelo, dejando así caer el pedrusco. En ese mismo instante, el collar de espinas se anudó fuertemente a su cuello como si de una peligrosa serpiente se tratase, provocándole la inminente asfixia y decapitación. La sangrante cabeza con una grotesca mueca de horror impresa en el envejecido rostro rodó hasta plantarse a los pies de Constance.

La pequeña gritó, aterrorizada. No podía soportar más aquella horrible escena, ¡necesitaba salir de allí cuanto antes!

Fue en ese momento cuando sintió un firme agarre en su muñeca. Al darse la vuelta para descubrir a la persona que la mantenía fuertemente sujeta, se encontró con el rostro desfigurado y en plena fase de descomposición de la señora Fisher. Su arrugada y verdosa piel se derretía como si se tratase de la cera de una vela en sus últimos instantes de consumirse por completo; y de las vacías cuencas oscuras de sus ojos emergían multitud de insectos y parásitos. Cuando la mujer abrió su boca carente de dientes para hablar, un fétido y nauseabundo hedor inundó las fosas nasales de Constance, que intentó por todos los medios pero sin éxito, de desasirse del firme agarre de aquella mano huesuda y putrefacta. Las uñas rotas y amarillentas de la mujer se clavaron en su carne; y emitiendo una mueca de ira, chilló:

—¡Asesina! ¡Monstruo, esbirro del Averno, heredera del Pecado! ¡Mira lo que has hecho; ésta ha sido tu obra! ¡Nos has llevado a la perdición! ¡Traidora! ¡Hija del Mal!

—N-no... ¡No! ¡¡Soltadme!!

Los balbuceos de la niña solo consiguieron arrancar una desganada carcajada a la tosca anciana, cuya mandíbula se fragmentó por el esfuerzo y la parte inferior de su boca alcanzó la altura de su pecho. Ante esta bizarra mueca, Constance en un arrebato de terror logró soltarse del fuerte agarre de la ya total descompuesta señora Fisher, y salió corriendo de la plaza.

En su huida se encontró con un grupo de pordioseros niños desnudos que con la mirada perdida devoraban salvajemente el cadáver de un perro. Todos ellos peleaban con fiereza por llevarse la mejor parte del animal, arrancándole las extremidades, las orejas e incluso los órganos internos. Algunos de los infantes luchaban entre ellos para arrebatarles a otros su adquisición, y pronto aquello se convirtió en un intercambio de patadas,

golpes, arañazos y mordiscos.

«¡Qué horror!» pensó Constance, alarmada. *«¿Cómo ha podido permitir Dios que sucediera semejante atrocidad? ¡Esto es demasiado cruel!»*.

La pequeña dobló una esquina y lo único que encontró fueron más casas en ruinas y cadáveres sepultados bajo sus cimientos, junto al resto de escombros. Los cuervos revoloteaban entre el polvo y la suciedad, acechando y contemplando sus futuros manjares con los oscuros ojos inyectados en sangre.

«¡Mis padres!» exclamó para sí misma la niña. Había caído en cuenta de que sus progenitores debían de estar merodeando por allí, ¡y no quería imaginar qué tipo de tormentos podrían estar sufriendo! Decidida a encontrarlos, Contance abandonó las principales calles de la aldea para internarse en la linde del bosque, donde se hallaba su pequeño hogar, dejando tras ella un camino de pieles transparentes que se desprendían cada vez con más rapidez de su adolorido cuerpo.

Con un esfuerzo casi sobre humano, la pequeña consiguió salir de la aldea y llegar a la frontera vegetal. Había tratado de ignorar las decenas de cuerpos que se había ido encontrando colgados del cuello con sus propias entrañas en las ramas de los árboles. Incluso vio embarradas figuras humanoides que trataban de escabullirse de un enorme charco de lodo; unas arenas movedizas que poco a poco succionaban esos cuerpos sin redención alguna.

Constance, definitivamente, ya no podía aguantarlo más. ¿Qué habían hecho todos para merecer semejante destino? ¿Por qué Dios les había concedido tan trágico final?

¿Estás segura de que esto ha sido obra de Dios?

La vocecilla burlona que sonaba en su cabeza volvía a recriminarle sus pensamientos, inquietándola hasta límites insospechados. Pero, si aquello no había sido «obra de Dios», ¿de quién era, entonces?

Tal vez su instinto le hizo pensar que aquella desagradable catástrofe había sido obra de aquel ojo, aquel extraño orbe que se cernía en mitad del cielo escarlata. Su pérfida mirada no se había despegado de Constance en ningún momento, y la pequeña sentía que en cualquier momento desfallecería del agotamiento físico y emocional al que estaba siendo sometida.

Y entonces lo sintió: un punzante dolor en su muñeca derecha, como si tuviera clavado el fino aguijón de una avispa. Para su desdicha, una espantosa serpiente surgida de la oscura espesura le había mordido, hincándole así sus afilados colmillos inyectados en veneno. La niña revisó,

horrorizada, la herida: era tan repugnante como aquella cruel pesadilla que estaba sufriendo. Como aquel Infierno carmesí. Dos pequeños agujeros supuraban sangre y veneno, entremezclándose ambas sustancias con la carne enrojecida y la piel descompuesta. Rojo sobre negro.

De repente, un escalofriante alarido infantil resonó cerca de allí y la extrajo de sus inquietantes cavilaciones. De nuevo, alguien pedía auxilio. Sin embargo, esa vez no le costó ubicar la procedencia de esa delirante voz aguda. ¡Esos desesperados gritos procedían de la casa de sus vecinos; los señores Jaeger!

Fitzgerald Jaeger vivía con su esposa y sus dos hijos mellizos en una vieja cabaña próxima a la suya, pues el señor Jaeger era el leñador de la aldea y junto con su esposa y sus dos pequeños retoños se encargaba de vender los paquetes de leña en el poblado. Además, su mujer, Gothel Jaeger, era una fiel devota religiosa y seguidora de la Palabra de Dios, por lo que acostumbraba a asistir a los sermones que proclamaba el padre de Constance, el Pastor Joseph. De los niños poco sabía, simplemente que eran muy traviesos y en una ocasión los había pillado robando las manzanas rojas del jardín de su granja. De hecho... ¿Cómo se hacían llamar ambos mequetrefes? *¿Hans y Greta*, tal vez...?

«Eso no importa en estos momentos. Ahora, mi prioridad es socorrer a esa pobre familia de leñadores», pensó Constance mientras se rascaba con ahínco el rostro. El picor en la piel que todavía quedaba adherida a la carne se había intensificado el doble, creándole un amargo escozor. La niña se rasguñó la frente con los afilados extremos de sus huesudos dedos, arrancándose en el doloroso proceso oscuros cabellos de su enmarañado flequillo. Entonces solo tuvo que agarrar un diminuto pliegue de piel de la parte superior y central de la frente... y estirar con fuerza hacia abajo, desgarrándola por completo. La piel se desprendió entera de su rostro, de una pieza; como si se hubiese acabado de quitar una terrorífica máscara.

Poco tiempo tuvo para pensar en aquello tan horroroso que le estaba sucediendo, pues otro grito desgarrador resonó en el aire. Constance soltó su propia «máscara» de piel y corrió desesperada hacia la cabaña de los Jaeger. La puerta de la casa estaba abierta, y del interior de la estancia emanaba un nauseabundo hedor de chamuscado, corrompido y podredumbre. El caldeado ambiente viciado le provocó un terrible ataque de tos, y tuvo que llevarse una mano a la boca para no vomitar, puesto que ganas no le faltaban.

Sin olvidarse del por qué estaba en esa casa, avanzó unos pasos por la oscura salita —únicamente iluminada por el tenue fuego de la chimenea— y se paró en seco, horrorizada, al contemplar el esquelético cadáver descompuesto de uno de los mellizos. El cuerpo sin vida se hallaba encerrado en una pequeña jaula de gruesos barrotes metálicos..., una

jaula para animales, intuyó Constance. Además, alrededor del cadáver se desparramaban multitud de alimentos en plena fase de podredumbre, como si alguien hubiese pretendido alimentar de más a ese niño como si de un cerdo de su granja se tratase... Pero, ¿con qué fines? ¿Para luego comérselo...?

Sus grotescos pensamientos llegaron a su fin cuando, nuevamente, un agudo alarido resonó entre las paredes de la vieja cabaña, haciendo temblar sus débiles cimientos. Constance anduvo por la sala, recorrió las pocas y diminutas estancias de la casa, tan parecida a la suya; llamó a grito descubierto a sus vecinos ¡pero no encontró a nadie más! Sin embargo, los agonizantes alaridos seguían escuchándose y sonaban con más claridad en la salita principal. ¡Pero allí no había nada; solo aquel corroído cadáver! Fue en ese momento en el que Constance se aproximó al fuego de la chimenea, cuyas llamas crepitaban con pasión en el hogar familiar. Justo encima, un pequeño horno de metal cocinaba algo, pues el olor de carne asada se impregnaba en la habitación.

Y entonces, volvió a escuchar el grito, con más nitidez. Casi como... como si la agónica voz procediera del interior del horno. Constance, sintiendo que algo malo se avecinaba, se acercó más al aparato. De pronto, desde su interior, una mano se posó con brusquedad en la pantalla de cristal del artefacto, produciendo un sonoro golpe y provocando que Constance dejara escapar un alarmante grito de terror. La niña cayó al suelo de espaldas presa del miedo y la incomprensión, y a tiempo estuvo de ver cómo una enrojecida cabeza de rasgos desfigurados por las elevadísimas temperaturas se asomaba a la ventana de cristal aullando de ira, golpeando la carbonizada cabeza una y otra vez contra la transparente superficie, proclamando venganza y mirando a Constance con odio y repudio.

El horno comenzó a tambalearse violentamente. Las llamaradas crepitaron con más intensidad y el fuego pareció extenderse de golpe, rodeando la estancia. La cabaña comenzó a temblar; a sacudirse como si un huracán estuviera pasando por encima en esos momentos. Los útiles de hogar comenzaron a caerse de las estanterías, la vajilla se estrelló contra el suelo y se partió en diminutos fragmentos, y pronto los propios armarios y estantes comenzaron a derrumbarse. Pronto la casa también lo haría.

Tenía que salir de allí.

—¡*Demonio*! —La niña escuchó una desquiciada voz femenina a sus espaldas—. ¡Tú has provocado esto, *aberración de la naturaleza*! ¡Nunca tuviste que haber nacido! ¡*Tú* nos traerás el fin...!

La humeante cabeza deforme se asomaba por el horno, tras haber logrado romper la ventana de cristal. Luego, extendió ambos brazos carbonizados y trató de impulsarse para salir de su infernal prisión; pero Constance

decidió que no iba a estar allí cuando aquella criatura por fin saliera de la pieza de metal.

La pequeña abandonó la cabaña de sus vecinos antes de que el fuego abrasador la cubriera por completo y acabara por desmoronarse y calcinarse en su totalidad. Sin embargo, no tuvo tiempo para tomar aire, puesto que un lastimero gemido surgió de su propia casa. Un escalofriante lamento.

«¡Padre! ¡Madre!».

Compungida, la niña corrió hasta su hogar; saltó la verja del jardín y se apresuró a través de éste hasta llegar a la cabaña donde residía. La puerta de su casa también estaba abierta, y dentro se había desatado el caos. Los escasos muebles estaban volcados, las estanterías se habían descolgado de las paredes y se hallaban destrozadas en el suelo, los armarios se habían partido por la mitad y multitud de cacharros y valijas se desparramaban por el suelo. Ni siquiera el Libro Sagrado había sobrevivido al ataque: sus valiosas páginas se encontraban desperdigadas por la habitación, algunas repartidas por el suelo, otras se hallaban amontonadas consumiéndose en el fuego de la chimenea, y un tercer puñado estaba clavado en una pared, atravesado por un cuchillo de cocina.

Constance pasó fugazmente esquivando los útiles de madera y tratando de no resbalar con los papeles, corrió hacia su habitación y la de sus progenitores, los llamó a gritos... Pero nadie respondió. Desesperada, salió al jardín. Volvió a gritar los nombres de sus padres, los buscó en el huerto, en los establos... Y allí se detuvo, espantada. Los animales habían sido gravemente heridos y estaban muertos. ¡Algo les había atacado y matado! La niña se llevó las manos al rostro, aterrorizada. Sangre salpicaba suelo y paredes, extremidades y entrañas se desparramaban por la tierra... ¡Era terrible y cruel! ¿Qué clase de despiadada criatura podría haber causado semejante atrocidad con unos indefensos animales?

Como si el misterioso atacante hubiese escuchado su ruego interno, una deforme figura cuadrúpeda surgió desde un rincón del establo, proyectando su inquietante sombra oscura en las paredes del granero. Unos grandes ojos verdes la miraron fijamente, con crueldad. Su gesto destilaba maldad.

Enseguida reconoció a la temible criatura.

—N-no... No es posible...

Constance dio media vuelta y salió apresurada del establo. Se proponía alcanzar la verja del jardín cuando, de pronto, un intenso dolor la lanzó contra el suelo. La niña cayó boca abajo en la húmeda tierra y se retorció

en plena agonía. Sus músculos se contraían, y sus huesos se rompían y deshacían en su interior. Los restos de piel que aún quedaban adheridos a su cuerpo se desprendieron de él, y mechones de cabello oscuro comenzaron a caer de su cabeza.

Y de nuevo, aquella terrible voz volvió a susurrar en su mente.

R E C U E R D A

La pequeña, todavía postrada en el suelo, giró la cabeza justo en el momento en el que el gigantesco lobo aparecía por el umbral del granero. El oscuro pelaje de su lomo estaba completamente erizado, sus enormes orejas se hallaban tiesas y los afilados colmillos bañados en sangre sobresalían terriblemente de su alargado hocico.

Encima de ellos, el cielo escarlata comenzó a llorar sangre, como si tratara de desprenderse de su propio color. En el centro del firmamento carmesí, el titánico ojo reptiliano se regocijaba mientras observaba con latente curiosidad la esperpéntica escena que instantes después se llevaría a cabo.

R E C U E R D A

Constance se retorció de dolor, nuevamente. Dio vueltas en el suelo, se revolcó y se encogió sobre sí misma esperando que el inmenso dolor desapareciera, que su sufrimiento terminara... ¡Que muriera, si era preciso! ¡Pero, *las voces*...! ¡Esas condenadas voces que aún en esa deplorable situación la seguían atormentando, desquiciando, *enfermando* ...! ¡Y aquellas dos bestias que desde la lejanía la observaban con interés y malicia! ¡No podía más!

Poco a poco, sus brazos y piernas se habían pegado y adherido al resto de su cuerpo; su nueva pegajosa y escamosa piel escocía sobre su carne sensible. Sentía que su vista se tornaba más nítida, los colores que siempre divisaba se difuminaban y todas las tonalidades a su alrededor cambiaban. Sus orejas dejaron de existir y se pegaron al cráneo, junto con su nariz que pareció hundirse en su alargado y aplastado rostro. Sus dientes crecieron y se afilaron considerablemente; sus estiradas encías dolían.

Finalmente, se arrastró por el suelo, serpenteando. Su cuerpo zigzagueaba totalmente elástico con cada uno de los movimientos que Constance ordenaba a su nuevo sistema nervioso.

D E S P I E R T A

Ella ya se consideraba totalmente despierta, y una inquietante sensación creció en el centro de su pecho, se incrementó y se extendió por todo su

flexible cuerpo. Estaba enfadada, dolida, angustiada..., harta. Dirigió toda su rabia hacia aquel ojo burlón, cuya inquisidora mirada nunca se había despegado de ella. Enfocó todo su dolor hacía aquella tenebrosa bestia cuadrúpeda, que la desafiaba desde la distancia, incitándola a dar el primer paso, a iniciar la mortífera pelea.

Porque todo aquello, para su suerte o desdicha, terminaría en muerte.

El lobo arañó la tierra yerma con sus puntiagudas zarpas y emitió un bajo gruñido amenazador. Constance se irguió unos centímetros del suelo, molesta. Quiso replicarle, pero solo pudo observar una larga lengua bífida agitándose en el aire, y escuchar un amargo siseo.

Un fuerte viento sacudió las raquíticas ramas de los árboles y un potente trueno retumbó desde la lejanía.

D E S P I E R T A

El lobo se abalanzó sobre ella.

□□□□□□□□□□□□□□□

(*) Incubus: significa «pesadilla» en latín